7891

EL NUEVO DON JUAN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE T. FORTANET

calle de la Libertad, núm. 29.

1863.

EL NUEVO DON JUAN.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elnuevodonjuanco3069lope

EL

NUEVO DON JUAN

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE T. FORTANET
calle de la Libertad, núm. 29.

1863.

SR. D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

Estas páginas que antes fueron zarzuela, ahora comedia y que serán tragedia en el deseo de muchos, llevan el encargo de decirte que recibí tus HOJAS SUELTAS con aquel placer mezclado de sorpresa que en mí producen todas las manifestaciones de tu peregrino y sutilísimo ingenio.

A ti llega, querido Pepe, la primera comedia que publico despues de *El tanto por ciento;* ¡figúrate la suerte que le espera!

No por buena, por desgraciada te la recomienda tu cariñoso amigo

ADELARDO.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

PERSONAS.	ACTORES.
ELENA.	Sra. Lamadrid.
PAULINA.	Bagá.
DIEGO.	Sr. Arjona, (D. J.)
JUAN.	Osorio.
SEGUNDO.	Beneti.
GIL.	Martinez.

SEÑORAS, CABALLEROS, UN SERENO Y EL PORTERO.

La señorita doña Balbina Valverde dijo las palabras de la Señora primera á instancias del autor.

ACTO PRIMERO.

Sala de paso en casa de Diego, adornada con elegancia y sencillez. Dos puertas á cada lado. La primera inmediata al proscenio y á la izquierda del actor, conduce á la habitacion de Elena; la segunda á la calle. La segunda de la derecha conduce al despacho de Diego y al interior de la casa. La primera al gabinete que ocupa Paulina en el segundo acto. En el fondo un magnífico armario de roble. En el centro y un poco inclinada á la derecha del actor una mesa con tapete largo. Los dos espacios que median entre las cuatro puertas laterales pueden ocuparse, el de la derecha con un reloj de sobremesa y el de la izquierda con un *bureau*.—La decoracion que debe ser elegante y armónica es inmutable.

La accion es contemporánea y dura ménos de veinticuatro horas.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO.—ELENA.—GIL.

(Vienen de misa. Diego entrega á Gil el baston y el sombrero.)

ELENA. En fin, ya sabes... Aquí (Señalando el armario.)
lo pones todo. Completa
el neceser.

GIL. ¿Va maleta
ó saco de noche?

ELENA. (A Diego.) Dí;

669688

¿vuelves pronto? yo te ruego
que apresures...

DIEGO. (El aleve
hasta en la iglesia se atreve
á perseguir...)

ELENA. Pero Diegò...

DIEGO. ¿Qué ocurre?

ELENA. ¿Estás en Belen?
¿Cuántos dias voy á estarme
sola?

DIEGO. (Y tener que ausentarme...)

ELENA. Responde.

DIEGO. Salgo en el tren...

ELENA. (Alzando la voz.)
Cuándo vuelves te pregunto.

DIEGO. No grites.

ELENA. Si desvarías.

DIEGO. Ya sabes... dos ó tres dias...

ELENA. ¡Ay, qué humor!... El saco. (A Gil.)

GIL. Al punto.

ELENA. Ven: llévate de camino
allá dentro... (Le entrega la mantilla y el devocionario.)

DIEGO. (Y hace plaza
de la iglesia: él tiene traza
de un infame libertino.
Cuando sorprendo el afan
con que la mira, el bribon
finge que está en oracion,
mirando á San Sebastian.
Pero á través de su encanto
contemplativo, yo noto
que es más ardiente devoto
de mi mujer que del santo.)

ELENA. Ya pronto estará dispuesto...—
¿Estás en el mundo?

DIEGO. Dí.

ELENA. Tu equipaje.
DIEGO. ¿Crees que así
me voy á marchar más presto?
ELENA. ¡Jesus! Te ocurren extraños
dislates.
DIEGO. Si no me voy
hasta la noche...
ELENA. Si hoy
celebro mi cumpleaños.
¿Olvida usted lo que pasa?
vendrán nuestros convidados
y exigirán los cuidados
de la dueña de la casa.
¿Quieres, si no me anticipo,
que andemos luego con priesa,
ó que yo de sobremesa
me ponga á hacerte el equipo?—
¿No pudieras otro dia
ir á Alicante?
DIEGO. Mañana
saldrá con rumbo á la Habana
el barco que está en bahía.
Mi hermano se embarca en él.—
Quiero que lleve instrucciones
y venda las posesiones
que tenemos...
ELENA. ¡Es cruel
la coincidencia!
DIEGO. ¿No es digno
este asunto de atencion?
ELENA. Hombre, sí, tienes razon
y por eso me resigno.
¡Vaya que estás hoy galan
conmigo! Dí, ¿qué tenemos?
DIEGO. Nada.
ELENA. ¿Nada?

DIEGO. No volvemos
á misa á San Sebastian.
ELENA. Pero ¿hay motivos?...
DIEGO. Y graves,
cuando así lo determino.
¿No los sabes?
ELENA. Ni adivino
cuáles son.
DIEGO. (Con sorna.) ¿Que no los sabes?...
¿De veras?
ELENA. ¿No lo has oido?
DIEGO. Estas cosas la mujer
siempre las llega á saber
primero que su marido.
ELENA. ¡Diego!
DIEGO. En la calle me acosa
y hasta en la iglesia me apura...
Pero mi esposa asegura
que no ha notado tal cosa.
ELENA. Pero ¿quién?...
DIEGO. Y si te digo
que tú...
ELENA. Dirás mil sandeces.—
¿Qué?
DIEGO. Le has mirado dos veces.
ELENA. ¿Yo mirar?...
DIEGO. Y yo testigo.
ELENA. Pero, hombre...
DIEGO. Sigo su pista
siempre con ojo avizor,
porque mi mismo rencor
en él me clava la vista,
y dos veces he notado
en su semblante el chispeo,
la bobera, el regodeo
del que mira y es mirado.

ELENA. ¿En su rostro has sorprendido
mi imágen? ¿Sí?
DIEGO. Pues es claro.
ELENA. ¡Jesus! qué espejo tan raro (Riendo.)
me regala mi marido!...
DIEGO. Vamos, chica: no te rias.
¿Por no defenderte lo echas
á risa?
ELENA. Ya tus sospechas
van despertando las mias.
Tus celos tal vez fingidos.
recuerdan y con razon
lo que en más de una ocasion
ha llegado á mis oidos;
que me apuras la paciencia
para que así distraida
no indague, sepa é impida
tu oculta correspondencia
con la que quiso casarse
contigo, con doña Paz.
DIEGO. Elena! (Y Paz es capaz
de fingirlo, por vengarse.)
Por Dios Elena del alma!...
¿Ves como yo no me rio?
No turbe tal desvarío
tu calma.
ELENA. Pues si mi calma
te interesa...
DIEGO. Bien se ve.
ELENA. ¿Por qué me ofendes y alteras?
DIEGO. ¡Ay mujer, si tú supieras
lo que es Madrid!...
ELENA. Bien; ¿y qué?
DIEGO. ¿Tendré paz cuando contemplo
esa turba de perdidos?...
ELENA. Sí, pues tambien los maridos

á fe que dan buen ejemplo.

DIEGO. En la iglesia hay quien se mete,
diablo con frac ó lévita,
y ofrece el agua bendita
para entregar un billete.

ELENA. Pues hay jamona que atrapa,
mal parecida y coqueta,
al novio de la discreta
y al marido de la guapa.

DIEGO. Y como encuentran hechizos
muchas en tales acciones...

ELENA. Y como sois los varones
tan blandos y quebradizos...
Estas jamonas traviesas
á pares os tienen presos.

DIEGO. Pero, por Dios, ¿soy yo de esos?

ELENA. Y, por Cristo, ¿soy yo de esas?

DIEGO. ¿No has visto los galanteos
del hombre que me encocora?

ELENA. Yo no soy atisvadora
de licenciosos deseos.
Juzgo que nadie repara
en mí, pues siempre he creido (Con dignidad.)
que el amor de mi marido
lo llevo escrito en la cara.—
Tal vez sin causa te irrita (Cambiando de tono.)
ese hombre: Paulina es
muy guapa: fuimos los tres
á la iglesia, y...

GIL. (Que ha estado poniendo en el armario ropa y avíos de viaje.)
¿Señorita?

ELENA. ¿Has hecho algun disparate?

GIL. Mire usted. (Mostrando lo que ha puesto en el armario

DIEGO. (Mirándola con ternura.) (¡Si es una alhaja!)

ELENA. Pon en la cesta de paja
bizcochos y chocolate.

Los bizcochos necesito
que estén frescos.

GIL. Luego iré...

ELENA. Y el chocolate...

GIL. Ya sé.

ELENA. Del que toma el señorito. (Sale Gil.)
Paulina, nuestra vecina,
se pone cerca de mí,
y...

DIEGO. Sí; que estando tú allí,
se va á fijar en Paulina!

ELENA. ¡Hola! Me has dicho un requiebro
sin querer.

DIEGO. Ya lo sabia.

ELENA. Pues no olvides que es el dia
solemne.

DIEGO. Yo lo celebro.

ELENA. Hoy nos casamos.

DIEGO. Hoy hace
tres años: tres!

ELENA. ¿Te dan pena?

DIEGO. ¡Qué pronto han pasado, Elena!
¿Es verdad?

ELENA. Y eso me place.

DIEGO. A mí no: si de esta suerte
los años dan en pasar,
pronto me voy á quedar
sin tiempo para quererte.

ELENA. Pues aprovéchalo.

DIEGO. ¡Oh!... Sí.

ELENA. Quiéreme mucho y aprisa.

DIEGO. ¿Más aún?

ELENA. Y ántes de misa
¿dónde fuiste?

DIEGO. ¿Dónde fuí? (Saca un estuche.)
Sube esa manga.

ELENA. (Diego le pone una pulsera.) ¿Pulsera?
¡Qué linda!

DIEGO. Pulsera no:
esta es cadena que yo
le pongo á mi prisionera.
¡Vaya si estás guapa!...

ELENA. ¿Sí?

DIEGO. Me inquieta tanta hermosura.

ELENA. Pues, simple, y ¿eso te apura?
Tanto mejor para tí.

DIEGO. Ea...

ELENA. ¿Vas ahí junto á jugar
tu tresillo dominguero?

DIEGO. Hoy soy tuyo.

ELENA. Así te quiero.

DIEGO. Voy corriendo á despachar
unas cartas: las remito
y libre vuelvo á tu lado.

ELENA. ¿Sabes que estoy con cuidado
porque mi madre no ha escrito?

DIEGO. Si no hace mucho... Y mi esposa
¿qué me da?

ELENA. Yo... una cadena
de oro puro.

DIEGO. Si es tan buena...

ELENA. No sé. (Le da un abrazo.) ¿Qué tal?

DIEGO. ¡Deliciosa!

ELENA. Y á más...

DIEGO. Oye: mis quimeras
olvida.

ELENA. Pues no volvamos...

DIEGO. Ya nunca... el domingo vamos
á misa donde tú quieras.

ESCENA II.

ELENA.

¡Este es amor verdadero!...
Algo celoso... mejor,
que en la mesa del amor
los celos son el salero.
Pero ser tan suspicaz
conmigo... A veces machaca
tanto!... mas luego se aplaca
en nombrando á doña Paz.
Pues es verdad; al oir
su nombre, cambia tan presto...
Ya sé el remedio: mas esto
¿qué es lo que quiere decir?
Quiá!... No es capaz... Si yo encuentro
inalterable su amor.

ESCENA III.

ELENA.—GIL.

GIL. Señora, aquí hay un señor
que quiere colarse adentro.
ELENA. (No es capaz...)
GIL. ¿Pasa ó no pasa,
que aguarda en el pasadizo?
ELENA. Y ¿quién es?
GIL. Es... primerizo.
ELENA. ¿Quién?
GIL. Digo, nuevo en la casa.
Viene de Cádiz y entiendo
que en nombre de la señora.

ELENA. ¿De mi madre? (Señal afirmativa de Gil.)
Sin demora
que entre.
GIL. Trae carta.
ELENA. Corriendo.

ESCENA IV.

ELENA.—DON JUAN.

Al fin escribe! No en vano
dije yo...
GIL. (Mirando á don Juan.) (Ya sé quién es.)
JUAN. Señora, estoy á los piés
de usted.
ELENA. Beso á usted la mano.
JUAN. Su madre de usted me envia.
ELENA. Siéntese usted.
JUAN. Gracias. (Tomando una silla.)
ELENA. Ya
el silencio de mamá
cuidadosa me tenia.
A Diego le hablaba ahora...
JUAN. ¿No le ha escrito á usted?...
ELENA. Hoy no.
JUAN. Yo soy carta viva.
ELENA. Y yo
lo agradezco.
JUAN. Pues, señora,
no hay recompensa que cuadre
á ser yo la carta viva,
sino que usted me reciba
como á carta de su madre. (Elena se sonrie.)
ELENA. ¿Y queda buena?
JUAN. Tan buena
y tan ágil todavía

y llorando de alegría
cuando recuerda á su Elena.
Motivos tiene su amor (Mirándola fijamente.)
para ser tan expresivo.

ELENA. Es mi madre: ¿qué motivo
puede encontrarse mayor?

JUAN. Yo pienso, aunque usted colija
que el ser madre es lo bastante,
que es circunstancia agravante
ser la madre de tal hija.
No es mucho que sus pestañas
el placer inunde en lloro
al recordar el tesoro
que ha tenido en sus entrañas!
No es mucho...

ELENA. ¿A usted ha entregado
alguna carta?

JUAN. Sí tal. (Se registra el bolsillo y saca una.)
Sí; con esta credencial
su madre de usted me ha honrado.
Y en el estilo que emplea
me hace sobrada merced.

ELENA. A ver...

JUAN. (Con timidez.) No quiero que usted
en mi presencia la lea.

ELENA. ¿Por qué?

JUAN. Hace elogios de mí
que no merezco en verdad.

ELENA. ¡Oh! ¡qué excesiva humildad!

JUAN. Señora... yo soy así.

ELENA. Pero... (Insistiendo.)

JUAN. Hasta el punto en que parta
no la entrego.

ELENA. No importuno.

JUAN. (Así no dirá ninguno (Guardándola.)
que entrego pronto la carta.)

ELENA. Y ¿está por fin decidida
mi madre á venir acá?
¿Usted sabe?

JUAN. Sí vendrá:
á no ser que se lo impida
alguna causa forzosa.

ELENA. ¡Quiera Dios que la recobre
pronto!

JUAN. Vendrá; si la pobre
no sabe hablar de otra cosa.
Cuántas veces me decia:
«¡si viera usted lo que vale
mi Elena! No hay bien que iguale
la paz de su compañía.
Cuando con cándida fe
manifiesta su alma bella,
se va transformando en ella
el que la escucha y la ve.
La luz en sus ojos arde
con que el alba resplandece, (Elena baja los ojos.)
cuando los baja, parece
que va cayendo la tarde.
Ella tuvo mis sentidos
tan dulcemente despiertos,
que al irse dejó desiertos
mis ojos y mis oidos.»

ELENA. ¡Ah, madre!... No lo dirá
(Disimulando su emocion.)
de ese modo.

JUAN. Sí, señora.

ELENA. ¡Válgame Dios, que habladora
se me ha vuelto mi mamá!

JUAN. Yo le prestaba atencion
y á que hablase la incitaba,
creyendo que en ella hablaba
mi propia imaginacion.

Tan bien me dió á conocer
á su Elena, que ántes creo
que he visto á usted y la veo
sin sorpresa y con placer,
así como el alma ufana
sale al encuentro y se entrega
al dulce amigo que llega
de alguna region lejana.

ELENA. Pues es muy raro...

JUAN. ¿Por qué?

ELENA. Porque nunca aconteció
que el sér que se imaginó
corresponda al que se ve.

JUAN. Verdad que pierden presentes
los séres imaginados,
mas los hay privilegiados
que jamás están ausentes;
que iluminan los abismos
de la ausencia, si se alejan,
porque en cada pecho dejan
una parte de sí mismos.
Y empieza á estimar su sombra
áun el corazon más seco
solamente por el eco
con que la ausencia los nombra.
Y el alma se lanza en pos
de presagio tan felice...

ELENA. Jesus!... y eso, ¿quién lo dice,
mi madre ó usted?

JUAN. Los dos.

ELENA. Oh! no tiene tal encanto
su estilo. Venga la carta
si no...

JUAN. ¿Es decirme que parta,
señora? (Levantándose.)

ELENA. No he dicho tanto.

JUAN. Dije á usted que la daria
al irme.

ELENA. Pues no hay motivo...

JUAN. Con su permiso me privo
de su grata compañía.

ELENA. La casa y nuestra amistad
son de usted.

JUAN. Gracias. Entrego
la carta. (La da.)

ELENA. La leeré luego,
respetando su humildad.

JUAN. (Dándole la mano.)
Soy su amigo y no hay un hombre
que estime en más la merced
de serlo.

ELENA. ¿El nombre de usted?...

JUAN. En la carta está mi nombre.

ESCENA V.

ELENA.—DIEGO.

DIEGO. Ya estoy listo... ¿Quién será?
(Viendo salir á don Juan. Al llegar á la puerta don Juan se vuelve y saluda á Elena.)
El!... (Asombrado.)

ELENA. Abur. (Respondiendo al saludo de don Juan.)

DIEGO. (Bajando rápidamente.) ¿A qué ha venido?

ELENA. Hombre!... (Asustada.)

DIEGO. Pronto!

ELENA. (Dándole la carta.) Esta ha traido
de mi madre.

DIEGO. (Tomando la carta.) Venga acá. (La abre y lee.)
«Digna concha de tal perla
»será su madre: convengo;
»mas yo, señora, no tengo

»el honor de conocerla.»

(Diego y Elena se miran estupefactos.)

«Solo á usted he conocido;
»con su trato quiero honrarme
»y usted no puede negarme
»que su casa me ha ofrecido.
»Gracias. Honor tan ansiado,
»estimando como debo,
»irá á ponerse de nuevo
»á sus piés Juan de Alvarado.»

(Diego conteniendo la ira mira con recelo á su mujer.)

Qué tal?...

ELENA. Suspende la fiera
sospecha que en tí ha nacido.

DIEGO. Pues si estoy más suspendido
que si colgado estuviera.
¿Qué es esto?...

ELENA. Dijo al criado
que mamá...

DIEGO. Le enviaba acá.

ELENA. Entró y al irse...

DIEGO. Mamá
se llama Juan de Alvarado.
Oh!... (Dirigiéndose á la puerta por donde salió don Juan.)

ELENA. (Asustada.) Diego!...

DIEGO. (Conteniéndose.) Al entrar aquí
¿no conociste quién era?

ELENA. ¿Cómo, si por vez primera
esta mañana le ví?

DIEGO. Niegas aún la ansiedad
con que te sigue y acude...

ELENA. ¿Es ese?... Dios no me ayude,
si no he dicho la verdad.

DIEGO. Es... la mariposa fiel
que en torno de tu luz gira; (Conteniendo la ira.)
el que se afana y suspira

porque repares en él;
el que anda todos los dias
contándote las pisadas,
y buscando tus miradas
y sorteando las mias.
Y va siempre dando indicio
de vencedor, que parece
que en su cara resplandece
el favor de todo el vicio.
Y fija con una calma
su mirada torpe y leda!...
como quien dice: «no queda
ningun pudor en mi alma.»
El que hoy por verte asistia
á misa muy reverente:
¡como que estaba en su mente
rezando este Ave María!

ELENA. Pues yo, Diego...

DIEGO. ¿En tí no ha habido
nada que le anime?...

ELENA. Oh! Calla.
¿Porque me ofenda un canalla,
me ha de insultar mi marido?
¿Tendré yo que defenderme?
¿Yo misma no te entregué?...

DIEGO. ¿Qué venganza tomaré
que pueda satisfacerme?
¿Qué medios?...

ELENA. Todos son malos.
El mejor medio...

DIEGO. ¿Cuál és?

ELENA. El desprecio.

DIEGO. ¡Oh! sí: despues
que esté derrengado á palos.
El desprecio... ¡Golpe recio
para un alma antojadiza!...

Despues de una gran paliza
caerá muy bien el desprecio.

ELENA. Cálmate, Diego: ¿quién toma
á pechos un incidente
que es... una broma insolente,
pero en fin es una broma?
Vuelve á casa, no le admites
y basta.

DIEGO. Broma!... ¿De veras?
Eh!...

ELENA. Bien; será lo que quieras
con tal de que no te irrites.

DIEGO. Voy á contestar.

ELENA. ¿Qué?

DIEGO. Voy
á bromearme con él.
Yo contesto á su papel
en nombre tuyo. Le doy
esperanzas.

ELENA. Ten prudencia.

DIEGO. Él al momento me adorna
la respuesta: vuelvo: torna...
Verás qué correspondencia
tan salada! De este modo
yo puedo hacerme querer.

ELENA. Pero, hombre...

DIEGO. Pero, mujer,
¿quieres arramblar con todo?
Harto te acosan á tí
con amorosas porfías:
deja siquiera unos dias
que me enamoren á mí.

ESCENA VI.

DICHOS.—GIL.

DIEGO. Voy...
ELENA. Y he de sufrir que él crea...
DIEGO. Pero si al fin se propala.
GIL. Don Segundo... (Anunciando.)
ELENA. Abre la sala.
GIL. Y otros...
DIEGO. Otros?... Ah! que idea!
GIL. Otros varios han venido.
DIEGO. Dí que esperen; que voy presto.

ESCENA VII.

ELENA.—DIEGO.

DIEGO. Oye, Elena: y lo que es esto
lo has de hacer.
ELENA. ¿Qué te ha ocurrido?
DIEGO. Mira: esa chusma sublime
el ridículo punzante
es el arma que constante
contra nosotros esgrime.
Yo quiero en esta ocasion
demostrarles á su modo,
aparte lo infames, todo
lo ridículos que son.
ELENA. Pero y ¿cómo?... ¿De qué suerte?...
DIEGO. Gil á buscarle saldrá.
(Tira de un llamador: á poco se presenta Gil y espera en el fondo.)
ELENA. Diego!...
DIEGO. Le dice... El hará
que en seguida venga á verte.

Tú le acoges con temor,
como diciendo muy triste:
«¡ay cielos! y ¿quién resiste
á un hombre tan seductor?»

ELENA. Y yo he de fingir!...

DIEGO. O callas:
no tienes necesidad...
que en su propia vanidad
se enredan estos canallas.
Y esos íntimos amigos
que tenemos convidados,
á estas puertas asomados
serán del lance testigos.
Y cuando tierno te mire,
y se arrodille amoroso,
y se juzgue victorioso
y se relama y suspire,
yo, completando la escena,
salgo con mis camaradas
y en sonoras carcajadas
le damos la enhorabuena.
Y áun será muy oportuno
que en venganza merecida
le aplique por despedida
un puntapié cada uno:
y así sabremos despues,
si con acierto le dan,
qué cara pone un don Juan
con cuarenta puntapiés.

ELENA. ¿Pero, hombre, quieres que venga?...

DIEGO. ¡Venga! Si no hay sufrimiento;
si es urgente un escarmiento
que subordine y contenga
á estos padres del ardid,
perseguidores de oficio,
propagandistas del vicio

y zánganos de Madrid!

ELENA. ¿No miras?...

DIEGO. Resuelto estoy.
Qué ¿te duelen las ofensas
del don Juan?

ELENA. ¡Oh!... Si eso piensas,
haz lo que quieras.

DIEGO. Pues voy
á que entren en el convenio
todos los recien venidos.
¡Venga!... Tambien los maridos
solemos tener ingenio!
(Vase riendo y hace á Gil una seña para que se vaya con él.)

ESCENA VIII.

ELENA.—PAULINA.

ELENA. ¡Tal locura!... Y si combato
su plan, dirá que me agrada
el... ¿Quién?... Paulina.

PAULINA. Me alegro
de hallarte sola.

ELENA. En la sala
me esperan...

PAULINA. Si no han venido
las señoras.

ELENA. Voy...

PAULINA. (Deteniéndola.) Aguarda:
que tengo que revelarte
un secreto. Mas ¿qué pasa?
Chica, estás inquieta. ¿Ha habido
celitos? ¡Vaya una gracia!
No hagas caso... Mas el pobre
¡qué ha de hacer, si eres tan guapa,
tan hermosa! (La besa.)

ELENA. ¡Ay! ¡qué contenta
debes estar!
PAULINA. No te engañas.
ELENA. (Maquinalmente.)
¿Sí? (¿No ha de haber entre tantos
alguno que le disuada?
Si voy, dirá...)
PAULINA. ¿No me escuchas?
ELENA. ¿Con que dices que te hallas
contenta?
PAULINA. Mira, lo he dicho
muy pronto. Siento en el alma
un placer que causa pena,
una pena que me halaga
y una inquietud tan sabrosa
que vale más que la calma.
ELENA. ¿Quién es él?
PAULINA. ¡Jesus!... ¡Qué pronto!...
ELENA. ¡Pícara!... ¿Y eso callabas?
PAULINA. Si yo misma no sabia...
Si hace poco; y... seré franca:
¡buen trabajo me ha costado
callártelo!
ELENA. ¿Y por qué causa?...
PAULINA. Aguardaba que llegase
tu cumpleaños.
ELENA. ¡Ah! Vaya...
PAULINA. De esta manera he querido
solemnizarlo. ¿Qué alhaja
mejor que el primer secreto
de mi pecho?...
ELENA. ¡Oh! ¡Dios te haga
feliz!... Conque ya la niña
ha caido.
PAULINA. Caen murallas.
ELENA. Y toda aquella soberbia

de: «no hay un hombre que valga
mi tranquilidad?»

PAULINA. Ya sabes
que la soberbia es muy mala.

ELENA. Vete con tiento, no llores
despues...

PAULINA. ¿Qué dices?

ELENA. Que es árdua
la senda...

PAULINA. (Con sencillez.) Fácil ha sido
para tí que estás casada.

ELENA. Del amor al matrimonio
¡si vieras cuántas naufragan!

PAULINA. ¡Jesus! me afliges.

ELENA. Perdona.
Eres nueva en las batallas
de amor y juzgo prudente
picar tu desconfianza
un poquito.

PAULINA. Mas no tanto.

ELENA. ¿Quién es?

PAULINA. El es... tiene fama
de calavera; mas dicen
que estos despues que se casan...

ELENA. Quien tiene buena opinion
suele salir buena alhaja,
el que no...

PAULINA. Tal vez se enmienda.

ELENA. Tal vez.

PAULINA. ¿Sabes? Ya entra en casa.

ELENA. Mejor. ¿Diego le conoce?

PAULINA. No: los dos nos acompañan
á diversas horas. Tiene
alguna noticia vaga...

ELENA. ¿De tu novio?

PAULINA. Y no muy buena.

ELENA. ¿Cómo?

PAULINA. Una tarde que estaba
jugando al tresillo, oyó
que no sé quién dijo en chanza
que un calavera famoso
mis balcones acechaba.
Diego al oir calavera
¡dijo cosas tan amargas!...
que mis tios desde entónces
reciben con mala cara
á mi... Y no es justo. Conmigo
¡si vieras qué delicada
es su conducta!... ¡Si vieras
los respetos que me guarda!
Y ya ves, en quien ha sido
tan audaz, es prueba clara
de enmienda. ¿No te parece?

ELENA. Me parece... que le amas.

PAULINA. Y es verdad; mas yo no acierto
á explicarte... Son tan varias
mis sensaciones... Percibo
que nuestras almas se enlazan
poco á poco y yo me dejo
llevar de esta fuerza blanda
que á un mundo desconocido
dulcemente me arrebata.
Y cuando soy más dichosa,
siento unas corazonadas
así.... como si soñase
una súbita desgracia.
Si me habla de amores, caen
sus palabras en mi alma,
estremeciéndola toda,
como la piedra en el agua.
Cuando está delante, vivo
en él: no sé qué me pasa.

Se marcha y ¿quién lo creyera?
soy más dichosa. Me embarga
un éxtasis tan... parece
que el corazon se regala,
escuchando todavía
el eco de sus palabras.
Y cuando pienso que yo
casi niña y sin más armas
que mi ternura, consigo
que un hombre venza sus malas
costumbres y éntre en la senda
del bien... Entónces doy gracias
á Dios que me hace instrumento
de obra tan buena y se arrasan
mis ojos y... yo procuro
ser mejor. Si alguna falta
sorprendo en mí, «¡si él me viese!»
me digo, y para evitarla
siempre imagino que estoy
delante de sus miradas.

ELENA. Si es un ángel!...

PAULINA. ¡Ay, Elena!...
¡Qué bello es ser la esperanza
de un hombre!... Yo no sabia...
¡Oh! ¡Qué bella es la alborada
del corazon!!...

ELENA. No me has dicho
quien es.

PAULINA. Y es verdad: se llama
Juan de Alvarado.

ELENA. ¡Ah!

PAULINA. ¿Qué dices?...

ELENA. ¿Juan de Alvarado?...

PAULINA. Dí: habla.

ELENA. ¡Ah! ¡Pobre niña!... ¡Hija mia!
¡No, no le escuches!

PAULINA. Me espantas.
ELENA. Figúrate que has tenido
un mal sueño.
PAULINA. ¡Oh, Dios!...
ELENA. Arranca
de tu pecho la memoria
de ese vil, como una mala
semilla.
PAULINA. Por Dios, ¿qué dices?
¿Qué sabes dél?
ELENA. Que te engaña,
que te pierde, que es indigno
de tu amor.
PAULINA. Pero ¿qué causa?...
El dice que le calumnian...
ELENA. ¡Calumnian!... En esta estancia
hoy, yo misma he sido objeto
de su cinismo y audacia.
PAULINA. ¿Tú misma, Elena!... (Carcajadas de gente que se acerca.)
¿Qué es esto?
ELENA. Oye.
DIEGO. (Dentro.) Os convido á la caza
del don Juan.
PAULINA. Don Juan... aluden...
ELENA. Sin duda. (Y yo repugnaba...)

ESCENA IX.

DICHAS.—DIEGO.—SEGUNDO.—CABALLEROS Y SEÑORAS.

SEÑORA 1.ª ¿Elena?...
ELENA. Adios... (Se saludan.)
PAULINA. (No me puedo
sostener...)
SEGUNDO. Si se propaga
este sistema de mútua

proteccion, esta alianza,
vereis como sufre el gremio
ménos derrotas.

CABALLERO 1.° (Entrando.) ¿Qué zambra
es esta?

SEGUNDO. ¿Tú no has oido?...

CAB. 1.° Si ahora llego. Dime...

DIEGO. Nada,
nada; que el señor don Juan
de Alvarado...

CAB. 1.° ¿Tú le tratas?

DIEGO. Casi.

CAB. 1.° ¿Quién le ha presentado?

DIEGO. Nadie. Pues esa es la gracia.
Sabrá que voy los domingos
al cuarto de enfrente, á casa
de la niña, y entró aquí
creyendo que Elena estaba
sola. Anunció una visita
de mi suegra y una carta.
La carta entregó al marcharse:
entro yo; la abro y declara
en ella el señor don Juan,
que no conoce ni ganas
á mi suegra: que conoce
á mi mujer y le basta.

SEÑORA 1.ª No es tonto. (Las señoras disimulan la risa.)

DIEGO. Y ya que han mediado
las ofertas de ordenanza,
volverá. Y eso queremos,
que vuelva.

SEÑORA 1.ª (A Paulina.) ¿Te pones mala?

PAULINA. ¿Yo?... No.

ELENA. Ten valor. (Aparte á Paulina.)

CAB. 1.° ¿Y quieres
que vuelva?

DIEGO. Sí. Ya le aguarda
Elena. Ya le aguardamos
todos. Oiremos la plática.
CAB. 1.º ¡Qué gusto!...
DIEGO. Y sólo con darle
el parabien de su hazaña,
gozaremos de un don Juan
convertido en un Juan Lanas.
CAB. 1.º ¡Bravo!
DIEGO. Contamos el lance
y le echamos una calza
que le distinga.
CAB. 1.º ¡Bravísimo!
El ridículo es el arma
más cruel.
SEGUNDO. Y así sabremos
de que modo las atrapa.
PAULINA. Por Dios... haz tú que no venga:
¿no es mejor?... (A Elena.)
CAB. 1.º (A Diego.) ¿Vendrá?
DIEGO. Gil anda
en su busca.
PAULINA. (¡Ah!)
DIEGO. Si le dice
lo que le he dicho, no marra;
traga el anzuelo.
SEGUNDO. Pues mira
que es un pez...
SEÑORA 1.ª (Aparte á Elena.) Oye: esa trampa
á todas nos perjudica
muchísimo.
ELENA. ¿Por qué causa?
SEÑORA 1.ª No conviene desahuciarlos
así... tan á raja tabla.
El amor de los maridos
se aumenta con el fantasma

de los celos. Si áun celosos
son así... ¿Quién los aguanta
seguros?

ELENA. No necesita
mi Diego...

SEGUNDO. Dime ¿le guardas
rencor porque tuvo amores
con Paz?

DIEGO. ¡Hombre!... Lo ignoraba.

SEGUNDO. ¿De veras?

DIEGO. Lo que es por eso...

SEGUNDO. Pues como dicen que áun andas
detrás de ella...

DIEGO. Yo!

SEGUNDO. Pues ella...

DIEGO. Es el diablo en forma humana.
Por vengarse...

SEGUNDO. Dice á toda
su tertulia que tú...

DIEGO. (Señalando á Elena.) Calla...
Con que don Juan ha logrado
que Paz...

SEGUNDO. Toma! si las caza
al vuelo. Es atroz.

DIEGO. (Y aquella,
aunque coqueta, era brava.)
(Se queda pensativo.)

SEGUNDO. Vecinita...

ELENA. Don Segundo...

SEGUNDO. Gran combate se prepara!

ELENA. ¿Quiere usted ponerme miedo?

SEGUNDO. No, señora. Si las gracias
vencen siempre. Así lo dice
don Juan.

ELENA. Es autorizada
la cita.

SEGUNDO. ¿No ha leido usted
sus versos?
ELENA. ¿Tambien se jacta
de poeta?
SEGUNDO. Sí, señora,
y no vulgar. Dió á la estampa
un libro que se titula
«*Suspiros.*»
ELENA. ¡Ay, qué monada!...
SEÑORA 1.ª Pues mira: á sus versos debe
el amor de una gallarda
condesita.
DIEGO. (Cada vez más alarmado.) (Otra!)
ELENA. Y acaso
á mí me tendrá apuntada
ya en su lista.
SEGUNDO. Pues el libro
es tan meloso, que ablanda
las piedras.
ELENA. No soy golosa.
SEGUNDO. Yo lo traeré.
DIEGO. (Aparte á Segundo.) No lo traigas.
PAULINA. (Parece que están jugando
con mi corazon.)
SEGUNDO. (Aparte á Diego.) Repara
en Paulina.
DIEGO. Pobrecilla!
está triste...
SEGUNDO. Chis!... se abrasa
por don Juan.
DIEGO. (Diablo! Ese hombre...)
SEÑORA 1.ª Pues no lo tomes á chanza.
Tambien se mofaba mucho
de sus ardides la Juana,
y luego buenos escándalos
dió con él.

ELENA. (Con ira.) (Oh!)
DIEGO. Si es contraria
mi Elena... si ella no quiso
que viniese.
SEGUNDO. Pues es cauta
precaucion. Jugar con fuego
es peligroso y quien ama
el peligro en él perece.
Y en fin hay horas menguadas...
ELENA. ¿Sí?
SEGUNDO. Y el mejor de los dados
es no jugarlos.
DIEGO. Pues nada.
Tú no quieres... Yo diré
que no reciban...
ELENA. Oh! Calla.
Venga don Juan. Si antes quise
impedir... ya tengo ansia
de verle, de que me hable,
de someterme á su magia
invencible. Y sepa usted
don Segundo, que esas almas
de última moda; esos vicios
poéticos; esas mansas
culebras que se deslizan
en derredor de las damas
y manchando las alfombras
por los salones se arrastran,
brindando siempre bajeza
por deshonra, en mí no hallan
calor; y si antes mi instinto
su presencia repugnaba,
no es por temor, es... por asco
que siento al pisotearlas.
VARIOS. ¡Bravo!
CAB. 1.º ¡Qué venga!

DIEGO. ¡Bendita
sea tu boca!...

SEGUNDO (¡Qué bizarra
es mi vecina! Aunque soy
del gremio, si me guiñara
un ojo!...)

ESCENA X.

DICHOS.—GIL.

GIL. Señor.

DIEGO. ¿Le hallaste?

GIL. Ahí lo tengo.

DIEGO. Ya está en danza. (Movimiento en todos.)
¡Silencio! ¡Chist! A su sitio
cada uno. (Segundo y los caballeros por la primera puerta de la derecha inmediata al proscenio. Paulina y las señoras por la segunda. Elena entra en su habitacion.)
En esta sala
te quedas sola. (á Elena.)

ELENA. (Despues de mirarse el traje.) No: antes...
Que entre y espere. (A Gil.)

GIL. Voy...

DIEGO. (Deteniendo á Gil.) Pára.
Deja que se escondan todos.
Sin bulla, de quedo. Anda. (A Gil.)

ESCENA XI.

GIL.—DON JUAN.

(Gil, maquinalmente y procurando no hacer ruido, se acerca á la puerta, hace una seña á don Juan, lo trae al centro del teatro y le dice muy de quedo.)

GIL. Espere usted: mi señora
ya saldrá.

JUAN. ¡Cómo!... ¿Está en casa
el marido? (Alarmado y en voz baja.)
GIL. No, señor.
JUAN. Entónces ¿por qué me hablas
tan quedo? (Alzando la voz.)
GIL. (Turbado.) ¡Pst!... No hay motivo...
JUAN. ¿Por qué?
GIL. ¡Pst!... tengo esa maña.
JUAN.. (¿Qué es esto?) Pues bien, hablemos
(Desde este momento observa cada vez con más recelo el semblante de Gil.)
de quedo si eso te agrada. (Pausa corta.)
¿Está ahí enfrente?
GIL. Sin duda.
JUAN. Juega al tresillo: acompaña
á mi novia. Sí; Paulina
es mi novia. (¿Qué pantalla
mas bonita?) (Gil quiere irse.)
Oye: al entrar
oimos cierta algazara
aquí dentro. ¿Quién metia
tanta bulla?
GIL. ¡Pst!... Las ratas
quizás; no hay gato...
JUAN. ¿Sí? Dime...
Hombre, yo he visto tu cara.
GIL. Si tal: yo he sido sereno:
y como usted trasnochaba
y andaba...
JUAN. ¡Chist!... No recuerdes...
Sereno?
GIL. Junto á la plaza
del Progreso.
JUAN. Sí: ya caigo...
¡El buen Gil!...
GIL. Esa es mi gracia.

JUAN. ¡Bah!... Pues si somos amigos...
Hablemos, como se hablan
los amigos. ¿Quién? No sale...
(Creyendo que viene Elena.)
Con que díme; en confianza...
tu señora...

GIL. Ya lo he dicho.

JUAN. Así que leyó mi carta...

GIL. Ya lo he dicho.

JUAN. Celebró
muchísimo la humorada.

GIL. Pues...

JUAN. Manifestó deseos
de verme; y como no estaba
el marido... tú saliste
á buscarme...

GIL. Pues.

JUAN. Y ¿nada
más?

GIL. Nada. (Pausa.)

JUAN. ¿Sabes qué pienso?

GIL. ¿Qué piensa usted?

JUAN. Que tu ama
debe ser una señora
alegre, de vida airada.

GIL. ¿De qué?

JUAN. De malas costumbres.

GIL. ¿Quién es el tunante?... (Lleno de ira.)

JUAN. Calla.

GIL. ¿Quién?...

JUAN. ¡Chist! Cuando tú me buscas,
ella estará acostumbrada
á meter á escondidillas
los hombres dentro de casa.

GIL. Miente quien diga... ¡Tapujos
mi señora!...

JUAN. Tú me llamas
porque ella...
GIL. Pues ni ella quiso
que yo... ni nunca...
JUAN. ¿Qué?...
GIL. Basta.

ESCENA XII.

JUAN.

¡Hola!... Su lealtad le vende...
¿Qué significa?... (Pausa.) La Juana
al principio de mi historia
me preparó una emboscada.
Hay síntomas... (Se registra el bolsillo.)
Sí; aquí vienen
mis armas. Esta no es mala:
(Sacando una carta.)
sin fecha; escrita parece
hoy mismo. (La guarda.) Late con ansia
mi corazon. Siento el ruido
de su traje... Mucha calma.

ESCENA XIII.

ELENA.—JUAN.

(Elena no ha cambiado de traje, pero trae algun nuevo adorno que indique que viene del tocador.)

ELENA. Don Juan...
JUAN. Señora...
ELENA. (Con ironía.) Leí

la carta de mi mamá.

JUAN. ¡Oh! mi locura será
mi mejor defensa.

ELENA. ¿Sí?

JUAN. Y ya de alcanzar no dudo
perdon...

ELENA. ¿Qué no alcanza un hombre
como usted?

JUAN. No: por el nombre
que me ha servido de escudo.

ELENA. ¡Ah!... ¡Pues quererse servir
del nombre!... (Con ira.)

JUAN. Señora ..

ELENA. (¡Calma!
Pero si me enciende el alma
este hombre, ¿cómo fingir?...)

JUAN. (Vamos... Todo lo concibo
si ahora me planta en la calle.)

ELENA. (Ya es fuerza...
(Mirando á las puertas, detrás de las cuales y cubiertos con las cortinas, están los que escuchan la escena.)
Yo haré que estalle
al momento.) No hay motivo
ciertamente. (Afectando dulzura.)

JUAN. Y á esas plantas
pedí perdon...

ELENA. Bien está.

JUAN. (¡Qué cambio!...)

ELENA. Y usted tendrá
sus disculpas.

JUAN. Tengo tantas,
que usted oir no ha querido
enojada con mi arrojo.

ELENA. Es verdad; pero este enojo,
don Juan, con usted no ha sido.

JUAN. ¿No?

ELENA. Conmigo misma fué.
JUAN. ¿Cómo?
ELENA. Sí, me causa miedo
y enojo, ver... que no puedo
enojarme con usté.
JUAN. (¡Demonio!) (Dando un paso atrás.)
ELENA. (A Roma por todo.) (Pausa.)
(Pero... ¿Por qué se refrena?)
JUAN. (¡Una mujer como Elena
incitarme de este modo!)
ELENA. Sentémonos. (Se sienta Elena.)
JUAN. (Su intencion
es clara. Quiere arrastrarme
y...)
ELENA. ¿Don Juan?
JUAN. (Sentándose.) (Voy á dejarme
querer.)
ELENA. ¿Y qué explicacion
tiene la extraña agudeza
con que usted...
JUAN. Señora... (Indeciso.)
ELENA. (Acercando la silla.) Vamos...
JUAN. (¡Eh! ¡Valor!)
ELENA. Solos estamos;
hábleme usted con franqueza.
Mucho disculpa el ardor
con que arrastran las pasiones,
y un error en ocasiones
es disculpa de otro error.
Explíquese usted: yo ofrezco...
JUAN. (¡Traidora!...)
ELENA. Con que... (Se miran.)
JUAN. (¡Y qué bella!
Es un abismo; si en ella
me fijo, me desvanezco.)
ELENA. En fin...

JUAN. (Como indicando que va á declarar su amor.)
Con toda verdad
voy á explicarme.
ELENA. (Ya es mio.)
JUAN. Yo ha mucho tiempo que ansío
conseguir...
ELENA. ¿Qué?
JUAN. (Con frialdad.) Su amistad.
ELENA. ¿Mi amistad?
JUAN. No he de obtener
nada más ni yo pretendo...
ELENA. (¡Vaya... pues no estoy sintiendo
que no me llegue á ofender!)
JUAN. Y de amistad tan preciosa
codicioso, me dí trazas...
ELENA. ¿Amistad?
JUAN. (Ni con tenazas
me has de sacar otra cosa.)
ELENA. (¿Y ya qué hacer?) Tal afan,
tanto arrojo, no creí...
JUAN. (Ya entiendo.) Dios me hizo así,
señora...
ELENA. Pero, don Juan...
JUAN. El alma desengañada
de todo...
ELENA. ¡Tanto rigor!...
(¡Jesus! Yo haciendo el amor
á un hombre! ¡Estoy abrasada!) (Se levanta.)
Con que tan osada accion
no se disculpa siquiera
con el pretexto?...
JUAN. (Con pasion creciente.) ¡Oh! No fuera
pretexto en mí la pasion.
Una mujer en mi idea
fija está...
ELENA. ¿Quién?

JUAN. Y no siento
latido ni pensamiento
de que ella móvil no sea.
Más qué mucho, si en su ser
amor invencible habita
y hasta el aire que ella agita
se estremece de placer.
Si...

ELENA. (Interrumpiéndole con impaciencia.)
Bien, bien; pero ese ardor
dígame usted ¿quién lo inspira?
Ella ¿quién es?

JUAN. (Esto es ira
que se disfraza de amor.)

ELENA. (¡Y no acaba!) En fin le inflama
el amor...

JUAN. Y él me ha guiado.

ELENA. Con que usted enamorado.

JUAN. ¡Ah! sí.

ELENA. Con que usted me ama!

JUAN. ¡Señora! ¡Quién lo imagina!
Yo respeto su decoro.
Es Paulina la que adoro.

PAULINA. ¡Ah! (Escondida.)

ELENA. (¡Qué vergüenza!)

JUAN Es Paulina.
La amistad de usted me halaga
porque proteja mi amor.

ELENA. (¿Qué me pasa?)

JUAN. Y si un favor
con otro favor se paga,
yo, para que usted intente
evitarlo, le diré
que su esposo...

ELENA. ¿Cómo? ¡Qué!..

JUAN. La engaña. (Saca una carta.)

ELENA. ¡Esto más!

SEGUNDO. (A Diego.) Detente.

ELENA. ¿Qué prueba?... (Juan le entrega la carta abierta.)
Su letra, sí.

JUAN. Escrita á Paz.

ELENA. Me ha vendido!

SEGUNDO. Espera. (Deteniendo á Diego en la puerta.)

JUAN. Siento ruido.
Ya hablaremos. (Se dirige á la puerta de salida.)

PAULINA. (En el fondo dándole la mano á Juan.)
¡Ah!

JUAN. ¿Tú aquí? (Salen todos.)

DIEGO. Dame esa carta. (A Elena.)

ELENA. (Llena de ira.) No digas
nada, nada. (Se dirige á su habitacion.)

DIEGO. (Siguiéndola.) Pero, Elena,
¿tú piensas?

ELENA. ¡Calla!

JUAN. De buena
me he escapado! (Sale.)
(Paulina baja al proscenio.)

ELENA. No me sigas.
(Entra en su habitacion.)

DIEGO. Yo... (Disculpándose con Segundo.)

SEGUNDO. No es tan grande el oprobio.
Quién no tiene?... (Sigue á Elena.)

DIEGO. (En medio de Paulina y la Señora 1.ª)
Vive Dios
que no he escrito.

SEÑORA 1.ª (Con ironía.) ¿Con que dos?...
(Entra en la habitacion de Elena.)

PAULINA. ¿Y acusabas á mi novio?
(Entra en la habitacion de Elena.)

DIEGO. ¡Qué es esto! ¿qué infame lio?...
¡Oh! Yo le voy á romper...
(Se dirige á la puerta por donde salió Juan.)

SEGUNDO. ¡Agua!... (Saliendo de la habitacion de Elena.)

DIEGO. ¿Pues qué?

SEGUNDO. Tu mujer
se ha desmayado.

DIEGO. ¡Dios mio!

(Entra en la habitacion de su mujer. Las señoras y caballeros, que deben ser pocos, han estado en el centro cuchicheando y señalando á Diego en ademan de burla. Este final debe ser muy rápido, pero sin atropellamiento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ELENA.—DIEGO.—PAULINA.—SEGUNDO.—SEÑORAS Y CABALLEROS.

(Elena á la izquierda del actor, sentada en una butaca. Don Segundo, señora 1.ª y caballero 1.º en el centro. Diego y Paulina á la derecha. Todos de pié menos Elena. Señoras y caballeros sentados y hablando en el fondo.)

PAULINA. Vamos, conténtala Diego...
DIEGO. ¿Pero no ves que se niega
á escucharme?
PAULINA. ¿No es posible,
es verdad, que tú la ofendas?
Y esa carta...
SEÑORA 1.ª ¿Estás mejor?
ELENA. No tengo nada: estoy buena:
muy buena.
SEÑORA 1.ª Como tan pronto
abandonaste la mesa,
pensé que te repetia...
ELENA. Pues nada, no.
SEÑORA 1.ª (A Segundo.) Qué sardesca
se ha vuelto.
SEGUNDO. Creyó que el otro

estaba muerto por ella,
y encontrarse...

DIEGO. (Hay que tomar
un partido.) (Tira de un llamador.)

SEGUNDO. (A Elena.) Usted se entrega
á los pesares, y...

ELENA. (Sólo
me falta que éste pretenda
consolarme.)

SEGUNDO. (A rio revuelto...)

DIEGO. (He de hablar...)

GIL. ¿Señor?... (Sale ahora.)

DIEGO. (Dudoso.) Espera.

PAULINA. ¿Qué meditas? (A Diego.)

SEGUNDO. Y estas cosas
una mujer las desprecia...

ELENA. ¿Más que yo?

SEGUNDO. Las disimula:
y si le hieren, se venga
de otro modo.

ELENA. (¿No lo dije?)

GIL. (Ya está don Segundo cerca
del ama.)

PAULINA. Voy á servirte
de embajadora.

DIEGO. Vé.

(Se acerca Paulina á Elena y Segundo á Diego.)

PAULINA. ¿Elena?

ELENA. (¿Otra?)

SEÑORA 1.ª La rabia tullida (En el centro.)
es la que más atormenta.

CAB. 1.º No ha podido desahogarse
con él... El chasco...

SEGUNDO. (Deteniendo á Diego.) Ten flema;
ella, si te humillas...

GIL. (Este

don Segundo me rebienta)

PAULINA. Bien sabes que siempre he estado
de tu parte; pues en esta
ocasion digo que debes
oirle.

ELENA. Sí. Tiempo queda.

PAULINA. Oyele: por ser tus dias.

ELENA. ¡Felices!...

PAULINA. Las apariencias
nos engañan de tal modo!...

ELENA. Pues ¿quién lo duda?

PAULINA. Recuerda
que yo, no há mucho, me hallaba
afligida, medio muerta
de angustia: y ya estoy tranquila.
Digo, si tú lo estuvieras.

ELENA. Es verdad.

PAULINA. Ya viste; todos
nos engañamos.

ELENA. (Riendo.) La escena
fué deliciosa...

PAULINA. (Se rie:
bueno: por algo se empieza.

ELENA. (Si acabarán!...)

DIEGO. ¿Qué te ha dicho?

PAULINA. Ya te la dejo dispuesta.

SEGUNDO. (¡Hola!...) (Despues de oir lo que dice Paulina.)

DIEGO. ¿Sí?

SEGUNDO. (Pasando junto á Elena.) ¿Con que ya luce
el iris de paz?

ELENA. (¡Oh!)

GIL. (Observando á Segundo.) Vuelta.

DIEGO. ¿Es posible?... (Acercándose á Elena.)

ELENA. (Levantándose llena de ira.) ¿A que me voy
de casa?...

DIEGO. ¡Mujer!

PAULINA. ¡Prudencia!
SEGUNDO. ¿Qué es esto? (Todos se acercan á Elena.)
SEÑORA 1.ª ¿Vuelve el desmayo?
ELENA. Nada. ¿No me veis serena?
(¡Oh! qué martirios impone
la sociedad. Si pudiera
dar gritos... ó echar á todos
por un balcon!...)
SEÑORA 1.ª La marea
no baja.
DIEGO. (Aparte á Paulina.) Sácalos, niña.
PAULINA. ¿Vamos á dar una vuelta
por el jardin?
CAB. 1.º Sí; la noche
nos convida. (Salen segunda izquierda.)
GIL. ¿A que se queda
don Segundo?
SEGUNDO. (A Elena.) ¿Usted no baja?
GIL. (¿No lo dije?... Y la camela
que yo lo sé... y se lo espeto
á mi señor.)
SEÑORA 1.ª (A Diego.) Buena pieza,
ten otra vez más cuidado
con tus cartas.
DIEGO. (No hay falencia:
yo soy un gran libertino,
sin sospecharlo siquiera.)

ESCENA II.

ELENA.—DIEGO.—SEGUNDO.—GIL.

DIEGO. (¿Y qué hacer?... No hay mas recurso.)
¿Gil?
GIL. ¿Señor?
DIEGO. Ahora te llegas...

GIL. ¿A dónde?
DIEGO. Al cuarto de enfrente.
GIL. (Y el otro reza que reza.)
¿Y qué digo?
DIEGO. Ya conoces
á don Juan.
GIL. Sí, por más señas (Mirando á Segundo.)
que unos tienen mala fama
y otros callandito...
DIEGO. ¡Bestia!
¿Lo dices por mí?
GIL. (Sorprendido.) Señor... (Pausa corta.)
¿Qué digo á don Juan?
DIEGO. Le esperas
si no está allí.
GIL. Y ¿qué le digo,
si está allí?
DIEGO. Que se detenga,
es decir, que haga el favor
de esperar, que me interesa
hablar con él y al instante
voy á verle.
GIL. Bien.
DIEGO. Que vuelvas
con el aviso. (Es forzoso
cortar por lo sano.) ¿Elena? (Con resolucion.)
ELENA. ¿Estás inspirado? ¿Tienes
otra feliz ocurrencia
como la de marras?
DIEGO. Tengo...
salte. (Aparte á Segundo.)
SEGUNDO. Y haya paz: no creas
que es alusion á la prójima.
DIEGO. ¡Tú tambien!...

ESCENA III.

ELENA.—DIEGO.

ELENA. ¡Qué mal te sienta
la opinion que has adquirido
de seductor!...

DIEGO. ¿Tú deseas
desesperarme?... ¿Tú quieres
que me ahorque...

ELENA. ¡Ay Dios! ¡qué pena
para doña Paz!

DIEGO. Te he dicho,
te repetiré doscientas
veces; despues de casado
yo no he escrito ni una letra
de amor, excepto las cartas
que hás recibido en mi ausencia.

ELENA. ¿Y qué más?

DIEGO. Deja que mire
la fecha.

ELENA. No tiene fecha,
que no rige el Almanaque
á las pasiones violentas.

DIEGO. Si me parece imposible
que estés celosa.

ELENA. Y aciertas
en eso. Desde este instante
puedes hacer lo que quieras.

DIEGO. ¡Mujer!...—Sabes que esta noche
me marcho...

ELENA. Noticia fresca.

DIEGO. Que he de estar dos ó tres dias
ausente...

ELENA. ¿No más?

DIEGO. Y ¿dejas
que yo salga de mi casa
de este humor?

ELENA. ¿Me quieres tierna?
Vete á despedir de...

DIEGO. ¡Oh!... Dame
la carta.

ELENA. No.

DIEGO. ¿Te deleita
mi culpa? ¿es verdad? Te agrada
acariciar tus ofensas;
porque quieres...

ELENA. Sólo quiero
que me dejes.

DIEGO. Porque anhelas
tener un pretexto siempre
para apurar mi paciencia;
para estarme achicharrando
la sangre!...

ELENA. No te enfurezcas.
¿Tendré yo que contentarte,
Dieguito?

DIEGO. (Calmándose.) Vamos, Elena...

ELENA. ¿A dónde?

DIEGO. Tengamos calma;
probemos que nos gobierna
la razon. ¿Cuándo he dejado
de amarte? Dime: ¿qué pruebas...
¿No me has visto... hasta celoso
del aire que te rodea?

ELENA. ¡Pues si eso es lo que me enciende
en ira! Mientras yo necia
y renecia! no hay capricho
ni sandez á que no acceda...
vaya... y todo lo sufria
creyendo muy satisfecha

que amor como siempre es niño
siempre tiene impertinencias.
«Elena, no cuides tanto
»tus galas.»—Pues galas fuera.
«Elena, que no saludes
á don...»—Pues me haré la sueca.
«Que no mires...»—Pues no miro.
«Que no visites...»—Pues quieta.

DIEGO. Pero, mujer...

ELENA. Pero calla.
¿No es esto verdad? ¿Son estas
visiones? ¿No me he dejado
contagiar de tus simplezas,
hasta imaginarme vana
que un hombre me galantea,
me ofende... y hasta prestarme
á tu venganza grotesca?
¿Qué más? hasta requerirle
de amores, para que él tenga
que excusarse y defenderse
de mí, ¡de mí! y en presencia
de... vaya... sólo al pensarlo
áun me abrasa la vergüenza!

DIEGO. ¿Y no ves en todo?...

ELENA. Y todo
¿para qué? para que sepa
con risa Madrid entero .
que él es traidor y yo ¡ciega!

DIEGO. Pero...

ELENA. Que infiel y celoso
me ofende á un tiempo y me cela.
Corito, dentro de casa;
libertino, fuera de ella;
su mujer muy guardadita,
y él detras de las ajenas.
¿No es esto? Pues mira, hijo...

DIEGO. ¡Por Dios!...
ELENA. De hoy más vida nueva.
Tú harás lo que te se antoje,
yo haré lo que me convenga.
Me vestiré muy pomposa;
saludaré muy risueña;
hablaré, saldré, veré...
DIEGO. ¡Oye!!...
ELENA. ¡Libertad completa!...
DIEGO. ¡Por Cristo!!!
ELENA. Basta y rebasta
y tómalo como quieras.

ESCENA IV.

DIEGO.

No sé que es peor: tener
yo celos ó que los tenga
mi mujer. ¡Ay! Pero ¿cómo (Se deja caer en una butaca.)
se ha formado esta tormenta?
¿Por dónde vino?... ¿Qué carta
de mil demonios es esa?
Ese don Juan... Y he de hablarle
sin... (Levantándose con ira.)
¡Calma! Si armo quimera
con él, dirán... ¿quién lo duda?
que Paz es la causa; y queda
mi fama de libertino...
Pues digo... Si de esta hecha...
Y mi hermano en Alicante
esperando... Que se pierda
todo... Sí; yo no me voy
hasta ver... ¿Abren la puerta?
Será Gil. (Se dirige á la puerta por donde salió Gil.)
¿Le has encontrado?

ESCENA V.

DIEGO.—JUAN.

JUAN. Y aquí viene.
DIEGO. (Retrocediendo.) (¡Ah!)
JUAN. Usted desea
hablarme...
DIEGO. No era mi objeto
causar á usted la molestia...
JUAN. Hoy no reciben los tios
de Paulina: en la escalera
no me pareció prudente
esperar.
DIEGO. Bien. (Se sientan.) (Dios me tenga
de su mano.) (Pausa.)
JUAN. Usted dirá.
DIEGO. Don Juan... aunque solo sea
de oidas, ¿usted no sabe
que el bien, que la paz doméstica
de una familia, son cosas
que todo el mundo respeta?
¿No ha llegado á su noticia?...
JUAN. Don Diego, y usted que muestra
tanta rectitud, ¿no sabe
que cuando un hombre profesa
amor entrañable y casto
á un alma de quien espera
la paz, la dicha, esos bienes
que usted con razon celebra;
este hombre tiene derecho
á que nadie se entretenga
en crear inconvenientes
á su esperanza suprema?
¿No ha llegado á su noticia?

DIEGO. No entiendo...
JUAN. Usted ¿no recuerda
una tarde que ahí enfrente
dijeron, por incidencia,
que amo á Paulina, y usted
dijo que primero muerta
que unida conmigo?
DIEGO. ¿Yo?
JUAN. Usted,
DIEGO. Yo... tengo una idea...
Allí sin nombrar á nadie,
dijeron que un calavera
la amaba y... no sé qué dije;
manifesté mi sorpresa
desagradable.
JUAN. Y usted
que ejerce tanta influencia
en la casa, de ese modo
ha labrado una barrera...
DIEGO. ¿Y es razon? (Levantándose.)
JUAN. Si cuando estoy
ofendido, Paz me cuenta
que usted la acosa...
DIEGO. ¡Mujer
aborrecible!...
JUAN. Y me entrega
un billete...
DIEGO. ¿Ese billete?
JUAN. ¿No es natural que pretenda
vengarme?
DIEGO. ¿Pero esa carta?...
JUAN. La entregué, creyendo cierta
la infidelidad.
DIEGO. Si yo...
JUAN. Paz me engañó.
DIEGO. Si es perversa...

JUAN. Hasta que despues me ha dicho,
celebrando su agudeza,
que usted, cuando era su novio
le escribió...

DIEGO. Y esa es mi tema.
(Dirigiéndose instintivamente á la puerta por donde entró Elena.)
¿Ele?... (No: si yo la llamo
no vendrá...) Don Juan es fuerza
que usted explique...

JUAN. (Ya es mio.)

DIEGO. ¡Todo!...

JUAN. Al momento: y me pesa...

DIEGO. ¡Ya respiro!...

JUAN. Mas... soy franco,
cuando imagino que intentan
arrebatarme el amor
de Paulina, mi cabeza
se enciende, me ofusco y... vaya
no es fácil que usted comprenda...

DIEGO. ¿No he de comprender... si yo
soy lo mismo? Que se sepa
la verdad...

JUAN. Si estoy ansiando
declararla...

DIEGO. (¡Que no venga
mi mujer!...)

JUAN. (Suplicante.) Pero, don Diego,
amo á Paulina; no vuelva
á oponerse...

DIEGO. Amela usted,
ámela usted. No se encuentra
más digna!... Si es un pedazo
de cielo.

JUAN. Ah! sí.

DIEGO. ¡Y qué discreta!...
y cómo encantan unidos

el talento y la inocencia!...
ámela usted.

JUAN. El afecto
paternal que usted demuestra
á mi amada, me hace esclavo
de usted. (Dándole la mano.)

DIEGO. (Pues ama de veras.)

JUAN. (Ya no duda.)

DIEGO. Si los hombres
hasta que se ven de cerca,
se juzgan mal y se hacen
mil injusticias.

JUAN. Hoy cesan.

DIEGO. Ya me encuentro yo más franco
con usted; ya sin reserva
tambien le digo que adoro...

ELENA. ¿Si aún estará?... ¿Quién?

JUAN. Elena.

ESCENA VI.

DIEGO.—JUAN.—ELENA.

DIEGO. Explíquele usted...

JUAN. Señora...
vengo á aliviar mi conciencia
de un peso...

ELENA. ¿Vive en mi casa
su confesor?

JUAN. Vive en ella
quien puede sufrir el daño
de mi... La carta funesta
que Paz me entregó, envidiosa
tal vez de la dicha ajena,
he sabido, y yo lo juro,
que no redunda en ofensa

de usted, pues siendo soltera,
(Señalando á Diego.)
la escribió. Paz lo confiesa
y por cierto haciendo alarde
de su aguda estratajema.
(Movimiento de ira en Elena.)
Yo siento mucho y... ya he dicho
la causa de mi imprudencia.
Perdóneme usted, señora,
si es bien que perdon merezca
el que confiesa su falta
y se arrepiente y la enmienda.

DIEGO. (Es muy honrado...)

JUAN. El esposo
de usted no es fácil que quiera
ni á Paz, ni...

DIEGO. (Pasando al lado de Elena.) Si eso es más claro
que la luz! ¿Ves mi inocencia?
¿ves que yo?...

ELENA. (Calla.) A pesar
de las Paces y las guerras
mi esposo no necesita
de que nadie le defienda,
porque yo nunca he dudado
de su amor.

DIEGO. (¿Hablas de veras?)

ELENA. Y extraño que haya mujeres
tan procaces que pretendan
turbar... Pero ¿quién lo extraña,
cuando hay hombres que se prestan?...

DIEGO. (¡Mujer!...)

JUAN. Ya dije... (Está herida
en su amor propio.)

ELENA. (¡Oh! no crea...)
¡Eh!... se acabó... Yo no soy
rencorosa.

DIEGO. (Respirando.) ¡Ah! Dame, suelta...
ELENA. ¿Qué te he de dar?
DIEGO. Ese escrito
del diablo.
ELENA. ¡Ah! Sí...
(Se registra el bolsillo: lo saca y se lo da.)
JUAN. Yo quisiera...
DIEGO. ¿Qué, don Juan?
JUAN. Tener el gusto
de reducirlo á pavesa
por mi mano; ya que he sido
instrumento... (Coge una vela.)
ELENA. (A Diego que va á abrirlo.) No lo leas.
DIEGO. ¿Yo?... Quémelo usted. (Se lo da á Juan que lo quema.)
ELENA. (Aparte á Diego.) Y ¿cómo
viene aquí?...
DIEGO. Pues no me pesa:
ya te explicaré... ¿Tú sabes
la horrible ansiedad, la pena?...
ELENA. Y tú solo ¿no podias
convencerme?...
DIEGO. ¡Buena es esa!...
¡Si estabas furiosa!...
ELENA. ¡Simple!...
si ya estaba yo deshecha
por convencerme...
DIEGO. (Tomándole una mano.) ¡Ah! ¡Mi gloria!...
JUAN. (¡Qué mujer!...)
(Embelesado mirando á Elena con la vela en la mano.)
DIEGO. Pero tú piensas
que yo... ¿No ves en mis ojos
un alma siempre sedienta
de...
ELENA. Ya pasó.
DIEGO. ¡Te daría
diez mil abrazos!...

ELENA. No seas
tonto, ¿volverás prontito?
DIEGO. Sí, mi bien: y si te empeñas
no me voy.
ELENA. (Arreglándole la corbata.) No: yo te quiero
juicioso.
DIEGO. (Abrazándola.) ¡Bendita seas!
ELENA. ¡Eh!...
DIEGO. ¿No tendremos?...
ELENA. Ya nunca.
DIEGO. Con que... ¡Suelte usted la vela
don Juan!...
JUAN. ¡Ah! si... (La deja.)
DIEGO. Mientras sirven
el té, voy á hacer que venga
Paulinita... ¡Eh!
JUAN. Muchas gracias.
DIEGO. Y voy, aunque estoy de priesa,
pues salgo dentro de poco
para Alicante...
JUAN. (¡Se ausenta!...)
DIEGO. Voy yo tambien por mi parte...
Hasta luego.
JUAN. (¿Qué proyecta?)

ESCENA VII.

JUAN.—ELENA.

ELENA. (Este hombre...) (Recelosa.)
JUAN. (Entro en la casa;
él se va...)
ELENA. (¿Será sincera
su conducta?)
JUAN. (¡Me parece
que sueño!...)

ELENA. (Y me da vergüenza
de mirarle. ¿Qué habrá dicho
de haberme visto tan tierna?)
JUAN. (Está ofendida...) Señora,
yo... (Se detiene al sentir los pasos de Paulina.)
ELENA. ¿Qué?...
JUAN. Que Paulina llega.

ESCENA VIII.

JUAN.—ELENA.—PAULINA, que trae un libro pequeño en la mano.

ELENA. (Este don Juan... este.)
PAULINA. (A Juan dándole la mano.) ¡Oh gracias!
JUAN. ¿Y por qué?
PAULINA. Por tu accion buena.
De todo lo bueno que haces
corre solo por mi cuenta
la gratitud.
JUAN. ¿Qué librito
es ese?
PAULINA. ¿No te avergüenzas?
Yo lo he comprado y es tuyo.
JUAN. Lo agradezco.
PAULINA. ¿Te conserva
rencor? (Por Elena.)
JUAN. No sé: mas no tiene
motivo...
PAULINA. ¡Está tan suspensa!
¿Me darás uno firmado?... (Señalando el libro.)
JUAN. Si tal.
PAULINA. Pues dáselo á ella.
Desenójala. Yo quiero
que todo el mundo te quiera;
pero que tú...

JUAN. Ya adivino
lo demás. Si usted lo acepta,
diré que tiene buen éxito
mi trabajo. (Dándole el libro.)

ELENA. ¿Qué obra es esta?

JUAN. Mis versos.

ELENA. Gracias.

PAULINA. (Pasando al lado de Elena.) ¡Muy lindos!...
Ya verás... Con que ¿nos deja
Diego?

ELENA. Esta noche.

JUAN. (Esta noche...)

PAULINA. Mi tia tambien se queda
fuera de casa, velando
á una amiga que está enferma.
Quiero hablarte; veré al tio; (Aparte á Elena.)
me otorgará su licencia
y aquí me quedo.

ELENA. Tu cuarto
ya hace tiempo que te espera

PAULINA. Pues vuelvo al instante. Ahora
echo de menos la puerta
que Diego cubrió... (Señalando el armario.)

ELENA. El viaje
no es tan largo...

PAULINA. No estés seria
con mi novio. Me parece
que amarle yo no debiera
en tanto que tú le mires
con aversion.

ELENA. ¡Bah! No creas...

PAULINA. Esta es mi madre.

JUAN. ¿Por qué
no hermana?

PAULINA. Para que pueda
reñirme. Dame tu mano. (A Elena.)

ELENA. Tómala.

PAULINA. (A Juan.) La tuya. (Las junta.) ¡Ea!...
Ya sois amigos. Vereis
qué prontito doy la vuelta.

ESCENA IX.

JUAN.—ELENA.

(Juan besa apasionadamente la mano de Elena.)

ELENA. ¡Ah! ¿Qué es esto?

JUAN. Que á despecho
de toda humana razon
te anuncia mi corazon
que esclavo tuyo lo has hecho.
Salga por fin de mi pecho
el tormento que devoro.

ELENA. ¡Don Juan!

JUAN. De tí sola imploro
compasion.

ELENA. Madre me llamo
de Paulina.

JUAN. ¡Yo te amo!

ELENA. ¡Mi marido!...

JUAN. ¡Yo te adoro!!
Amor nos presta su escudo:
ya no hay quien hable ni vea,
que el mundo que nos rodea
yo lo he puesto ciego y mudo.
De aquel agravio tan rudo
que en mi provecho volví;
de un amor que yo encendí;
de amistades mal pagadas,
de todo formé las gradas
para llegar hasta tí.

¿Cuándo alcanzaron desvelos
una ocasion tan propicia?
Sin lengua está la malicia
y están sin ojos los celos.
Ya podemos sin recelos
amarnos; ya ese temblor
indica...

ELENA. ¡Que tengo honor;
que tengo fe que guardar!

JUAN. Que te enciende á tu pesar
la centella de mi amor.
Produce mortal dolencia
amor secreto y profundo,
pero es placer sin segundo
secreta correspondencia.
Yo tu amorosa clemencia
de mí mismo ocultaré;
y cuando me haga mi fe
de tanta ventura dueño,
siempre creeré que lo sueño,
pero nunca que lo sé.
Corra muda en dulce guerra
la pasion que el alma inunda,
como el agua que profunda
corre debajo de tierra.
Cuidadosamente encierra
su intensidad en tu seno,
que el rio cuanto más lleno
oculta mejor el fondo,
y á medida que es más hondo
aparece mas sereno.
Hay una reja interior
que da al jardin...

ELENA. (¿Qué desea?)

JUAN. Sal esta noche, aunque sea
á desengañar mi amor. (Elena quiere hablar.)

¡Silencio! Siento rumor...
Vienen...

ELENA. (¡Mi frente se abrasa!...)

DIEGO. Venid. (Dentro.)

JUAN. ¡El es! Nada pasa;
nada tienes que temer:
¡valor!

ELENA. (¡Este hombre ha de ser
la perdicion de mi casa!...)

ESCENA X.

ELENA.—JUAN.—DIEGO.—PAULINA.—Despues SEGUNDO.—
CABALLEROS y SEÑORAS.

DIEGO. ¡Albricias, amigo mio!

JUAN. ¿Y de qué? ¿Pues cómo?...

DIEGO. ¡Albricias!

JUAN. ¿Qué pasa?

DIEGO. Que yo tambien
he deshecho mi injusticia...
vengo de pedir su mano.

JUAN. ¿Su mano?...

DIEGO. Está concedida.
Alégrese usted: mañana
se casa usted con Paulina.

JUAN. ¡Yo casarme!!...

DIEGO. Usted. El pobre
áun no comprende su dicha.
¡Un abrazo!

(Don Juan retrocede y se encuentra con Paulina que le coge de la mano.)

PAULINA. Ven, daremos
las gracias...

JUAN. Aparta niña.
¡Y usted sin permiso mio!... (Bruscamente.)

DIEGO. ¡Cómo!... Pues usted ¿no ansía?...

PAULINA. (Me desprecia.)

DIEGO. (Dirigiéndose á Elena.) ¿Ves?... ¿Qué es eso?
(Reparando en el libro.)

ELENA. El de don Juan...
(Elena ha abierto el libro y hace que lee para ocultar su turbacion.)

DIEGO. (Las coplitas..
Y está agitada y él...)

SEÑORA 1.ª (A Paulina.) ¿Con que
te casas?...

ELENA. (¡Dios de mi vida!...)

PAULINA. (Yo no quisiera caerme
delante dél...)

SEÑORA 1.ª Pero, chica...
¡Ay, qué efecto te produce
la boda!...

PAULINA. ¡Qué tontería
de boda!... Si es una chanza
de ese... (Por Diego.)

SEÑORA 1.ª ¿Chanza?

SEGUNDO. (A don Juan.) Usted reciba
mi parabien.

JUAN. Es temprano
señores. Si todavía...

SEGUNDO. ¿No dijiste?...

DIEGO. Fué una broma
y nada más.

SEGUNDO. (Observando á todos con recelo.) ¿Sí?

JUAN. (¡Maldita
sorpresa! Me vendí. ¿Quién
no se vende, si le intiman
órden de casarse?)

SEGUNDO. (A Diego. (¡Chico,
no des bromas tan impías!
Repara... todos los rostros
se han aguzado. ¿Vecina?...

¡Hola!... (Reparando en el libro.)

GIL. (Saliendo.) Cuando ustedes gusten:
espera el té.

ELENA. Nos avisan...

SEGUNDO. ¿Qué lee usted? (Bajo á Elena.)

GIL. (Por Segundo.) (Ya está á la oreja
del ama.)

ELENA. ¿Vamos?...

PAULINA. (¿Qué enigma
hay aquí?)

ELENA. ¡Valor!... (A Paulina.)

JUAN. Es fuerza
enmendar...

(Se va detrás de Paulina.—Entran segunda derecha.)

ESCENA XI.

DIEGO.—SEGUNDO.—GIL.

SEGUNDO. ¡Eh! Las poesías...
Ya las estaba leyendo
tu esposa y ¡qué conmovida!...

DIEGO. (¡Prudencia!)

SEGUNDO. Se las ha dado
don Juan?

DIEGO. ¿Eso te malicias?

SEGUNDO. Claro.

DIEGO. Pues te engañas.

SEGUNDO. ¿Quién?...

DIEGO. Yo.

SEGUNDO. ¿Tú?

DIEGO. Como son tan lindas,
porque no las deseara...

SEGUNDO. Tú...

DIEGO. Sí.

SEGUNDO. ¡Prudencia inaudita
en un marido!

ESCENA XII.

DIEGO.—GIL.

DIEGO. (Si todos
sospecharán...)
GIL. La berlina
espera á usted.
DIEGO. (Con ira.) ¡No me marcho!...
¡Vete!
GIL. Corriendo.
DIEGO. Oye...
GIL. Diga
usted.
DIEGO. (Si habrá conocido
tambien Gil...) ¿Ves qué perfidia
tan infame?...
GIL. (Ya ha calado
á don Segundo.)
DIEGO. ¿Eh?
GIL. No es chica.
DIEGO. ¿Tú sabes?...
GIL. Pues ¿soy yo tonto?
Mientras que usted le acaricia
anda que bebe los vientos
detrás de la señorita.
DIEGO. ¿De Paulina?
GIL. No, señor.
De mi ama: qué Paulina...
DIEGO. (¡Canalla!...)
GIL. (Toma Segundos.)
DIEGO. Atiende. Y ella... ¿no indica?...
(¡Me cuesta un trabajo hacer
esta pregunta!...) ¿Le mira...
así?... digo...

GIL. Ya comprendo.
DIEGO. ¿Y qué? (Con inquietud.)
GIL. (Con calma.) Vaya unas pamplinas
que tiene usted.
DIEGO. (Con ira.) Y ¿qué quieres
decirme?
GIL. (Enojado.) Que ya estaria
en la calle, si no fuera
por usted. ¡Buena es la niña!...
DIEGO. Bien, no riñamos... (Acariciándole.)
GIL. Y ya
¿no hay marcha?
DIEGO. Pues ¿quién lo quita?
Corre; prepáralo todo.
GIL. Casi está...
DIEGO. Para tres dias.
Tú te quedas y...
GIL. Ya estoy.
No le perderé de vista.

ESCENA XIII.

DIEGO.

Ella es buena. ¿Qué me toca
hacer? Callar. Ya no chisto;
que antes por hablar me he visto
en un lance... Punto en boca.
El... Ya es mi amigo: y no quiebra
por mí la amistad: me allano...
Yo le pasaré la mano
por el lomo á la culebra.
Ya quise ponerle el sello
de... Se escapó: mas se ofrece
nuevo lance y me parece
que al fin me salgo con ello.

Si él amable, yo pulido;
si él fino, yo más que duende
y creyendo que me vende
él ha de ser el vendido.—
No habrá bajeza, malicia,
ni ruindad que no utilice
el galan por... Y hay quien dice
que el marido es... ¡Bah! ¡Justicia!...
que tambien los solterones
hacen papeles... segundos.
¡Cuántos ván por esos mundos
moviendo los esquilones!...
y luego el punzante apodo
aplican... ¡Pues han mentido!
(Con ira y dignidad.)
Cuando es honrado el marido
del otro es la infamia y... ¡todo!
Vamos... calma, que el sosiego
es lo que más me conviene.

ESCENA XIV.

DIEGO.—JUAN.

(Gil, durante el monólogo ha entrado con un saco de noche; ha abierto el armario y ha puesto en el saco un neceser, ropa blanca, etc. Al salir don Juan, sn retira por la segunda puerta de la izquierda.)

JUAN. (Es preciso...)
DIEGO. (El... ¿A que viene
á contentarme?)
JUAN. ¿Don Diego?
DIEGO. ¡Hola! amigo...
JUAN. Usted no piense
que á despreciarla me atrevo...
Dispense usted si...
DIEGO. Yo debo

pedir á usted que dispense;
pues me arrojé...

JUAN. Usted no crea,
Diego...

DIEGO. (Ya me quita el don.)

JUAN. Que he tenido la intencion
de evadirme...

DIEGO. ¡Tal idea!...

JUAN. Aun no amándola, lo haria,
porque usted deje su nombre
bien puesto.

DIEGO. Juan, y ¿qué hombre
se casa por cortesía?

JUAN. Mas adelante, repito,
me caso: mas tan de priesa...

DIEGO. Ni mi intencion era esa;
no hay que apurarse, Juanito.
(Poniéndole la mano sobre el hombro cariñosamente.
Temí... mas si usted se anima,
me quita usted por quien soy
un peso...

JUAN. (¡Siempre le estoy
quitando pesos de encima!)
Yo la adoro...

DIEGO. Claro, y yo
por complacerle...

JUAN. (Dándole la mano.) En el alma
lo agradezco.

DIEGO. Ahora con calma...

JUAN. (¡Qué infeliz...!)

DIEGO. (Ya me engañó.)

ESCENA XV.

GIL, que trae una cesta y unos papeles en la mano.—Despues ELENA y PAULINA.

GIL. En la puerta el carruaje;
todo listo.
DIEGO. ¿Y has guardado?...
GIL. Todo. Esta cesta me ha dado...
DIEGO. Conque, don Juan... (Despidiéndose.)
JUAN. Buen viaje.
GIL. Chocolate va en la cesta
y bizcochos...
DIEGO. (Tomando la cesta.) ¿Van bien puestos?
GIL. Los papeles...
DIEGO. (Tomándolos.) ¿Serán estos?...
ELENA. ¿Gil?
GIL. ¿Señora?
(Diego quiere examinar los papeles y le estorba la cesta.)
JUAN. Si molesta. (Se la toma.)
DIEGO. Muchas gracias, amiguito...
JUAN. Mándeme usted sin cuidado.
DIEGO. (Y me limpiará el calzado
si se ofrece. Es un bendito.)
JUAN. (Soy de casa.)
ELENA. ¿Diego?
DIEGO. (Pasando al fondo.) ¿Esposa?
ELENA. Mira el saco.
DIEGO. Estos papeles... (Metiéndolos en el saco.)
ELENA. Que no dejes como sueles,
olvidada alguna cosa.
JUAN. (Vacila y es necesario...)
ELENA. Vuelve pronto.
DIEGO. Mis deseos
me traerán.

PAULINA. (A Gil.) No eches arreos
de caza.

GIL. Pues al armario.
(Los vuelve al armario: entre los arreos hay un cuchillo de monte.)

ELENA. ¿Y la cesta? ¿Si la habrán?...

JUAN. (Hay que acortar la distancia.)
(Muy reconcentrado.)

DIEGO. Repara con qué elegancia
la lleva el señor don Juan.

GIL. Mil gracias. (A Juan tomándole la cesta.)

DIEGO. Gil, al avío.
Me despedireis las dos
de los amigos. ¡Adios!

ELENA. No tardes. (Sale Diego con Gil.)

JUAN. El campo es mio.

ESCENA XVI.

ELENA.—PAULINA.—JUAN.—Despues SEGUNDO.—GIL.
SEÑORAS y CABALLEROS que no bajan al proscenio.

(Paulina se dirige á la segunda puerta de la derecha por donde salen los convidados.)

JUAN. ¿Paulina?

PAULINA. (¡Ah!) (Deteniéndose.)

JUAN. Ya no ignoras
que mas tarde...

PAULINA. Si señor.

ELENA. (Contemplando á Paulina.)
(¿Y no he de tener valor
para vengar?...)

JUAN. ¿Por qué lloras?

PAULINA. ¿Yo?... (Para disimular su emocion sale al encuentro de las señoras y caballeros, que entran ahora en la escena.)

JUAN. Elena?

ELENA. (Pues... Ahora á mí.)
SEGUNDO. (Hola!... Formando pareja.) (Por Elena y Juan.)
JUAN. Salto al jardin; en la reja
espero. (Aparte á Elena.)
ELENA. Sí.
JUAN. Pronto!
ELENA. Sí.
JUAN. (Voy corriendo... Dónde voy?
No es mejor?...)
SEÑORA 1.ª A Dios, Elena.
ELENA. A Dios, chicas.
SEÑORA 1.ª Que estés buena
y contenta.
ELENA. Ya lo estoy.
JUAN. (¿A qué he de saltar paredes,
si al salir la gente puedo?...)
SEÑORA 1.ª ¿Tú te quedas?
PAULINA. Sí; me quedo.
SEÑORA 1.ª A Dios.
JUAN. A los piés de ustedes. (Sale.)
GIL. ¡Qué remolon!... (Por Segundo.)
ELENA. ¿Gil?
GIL. ¿Señora?
ELENA. Que apaguen...
GIL. Ya lo he dispuesto.
ELENA. Saca esas luces.
GIL. ¿Me acuesto?
ELENA. Sí.
GIL. Buenas noches. (Ya es hora.)

Saca Gil el candelabro que hay en la mesa de la izquierda. Deja en ella la palmatoria con la vela que sirvió á don Juan.)

ESCENA XVII.

ELENA.—PAULINA.

PAULINA. ¿Tú comprendes?...
ELENA. Todo. A mí
por deshonrarme se afana
y me cita á la ventana...
PAULINA. ¡Era cierto!...
ELENA. Espera allí. (Pausa corta.)
PAULINA. (Desconcertada y con abatimiento.)
¿Por qué exige que le ame?
¿Por qué turba mi reposo?
ELENA. Por engañar á mi esposo
con tu amor.
PAULINA. ¡Jesus, qué infame!..
ELENA. Perdona...
PAULINA. ¡Dios de mi vida!...
ELENA. Que exaspere tu quebranto;
que no se cura sin llanto
y sin dolor una herida.
A mí me espera: tú vas.
PAULINA. (Con que mi amor...)
ELENA. En la reja
que da al jardin. Corre. Deja
que hable primero; verás
cómo se vende.
PAULINA. (¡Gran Dios!...
la ilusion de mi existencia!. .)
ELENA. Allí tu sola presencia
le responde por las dos.
Mírale allí confundido,
burlado y sin esperanza:
véngate, que la venganza
te hará fácil el olvido.

Véngate del puro amor
que te ha sabido usurpar.

PAULINA. ¡Si voy á echarme á llorar,
Elena!...

ELENA. Niña, ¡valor!...—
vé...

PAULINA. ¡Jamás! ¿Yo verle?... ¡No!
Ni áun para hacerle una ofensa.

ELENA. ¡Ah! ¡Por Dios!... Mira que él piensa
que quien le cita soy yo.
¿Pretendes que infiel me crea?...
¿Que publique?...

PAULINA. ¡Ah! si se trata
de tu honor, entónces...

ELENA. (Dándole la palmatoria.) Mata
la luz, ántes que te vea.

PAULINA. Se acabó...

ELENA. ¡Verás qué fiel
espera!

PAULINA. (Enjugándose los ojos.) Voy en seguida.

ELENA. Y no llores...

PAULINA. En mi vida
verás que lloro por él.

(La escena queda iluminada sólo por el quinqué que hay en la mesa del centro.)

ESCENA XVIII.

ELENA.

El tiempo reparador
curará el mal que padeces.
Hay tantas... Tan pocas veces
se logra el primer amor!— (Pausa.)
Mientras cae en el garlito
su autor, los versos leeré (Coge el libro.)

y cómo miente sabré
de palabra y por escrito.
¡Qué bien el pérfido amante
encuaderna sus mentiras! (Abre el libro.)
«Quisiera ser el aire que respiras
»para entrar en tu pecho á cada instante!»
¡Qué sutil! (Pasa algunas hojas y sigue leyendo.)

ESCENA XIX.

ELENA.—JUAN.

JUAN. ¡Fortuna loca!...
Nadie me ha visto esconder.
Esto es mejor que tener
la reja junto á la boca.
Todo yace en derredor
de sombra y sueño cubierto.
Ella en vela; yo despierto
y más despierto el amor.
En el cuarto de la reja
me aguarda. (Se adelanta.) ¡Ah! sola... y me tiene
en sus manos... (Reparando en el libro.)

ELENA. Entretiene
y da miedo esta conseja.
«No lo esperes, no podrás (Leyendo.)
»de mí olvidarte jamás.
»Acudiré donde acudas,
»como las sombras que mudas
»van de la noche detrás.
(Don Juan se va acercando sin hacer ruido.)
»Siempre escucharás mi acento
»y en tu mismo pensamiento
»me encontrarás escondido!...»

JUAN. Y aquí...

ELENA. Jesus!! (Levantándose despavorida.)

JUAN. He venido
á cumplir mi ofrecimiento.
(Repara en la expresion de espanto de Elena.)
Yo soy...

ELENA. ¡Aparta!... ¡Gran Dios!...
¡Yo sueño... Yo desvarío!...

JUAN. No; que es verdad, amor mio,
la ventura de los dos.
Sin ser visto me escondí;
y á oscuras...

ELENA. ¡Dios soberano!...

JUAN. Amor con su propia mano
me ha conducido hasta aquí.

ELENA. ¡Perdida soy!...

JUAN. Ten prudencia...
¡Que así mi vista te asombre!...

ELENA. (Desesperada.) ¿Y quién creerá que este hombre
entró aquí sin mi licencia!...

JUAN. Si me has citado ¿qué ves
que te asuste?
(Suena un repique fuerte y breve y un golpe en la puerta de la calle.)
¿Ese ruido...
es aquí?

ELENA. ¡Sí: mi marido!

JUAN. ¿No está ausente?...

ELENA. El es... él es...
Yo muero...

JUAN. (¿Y cuándo llegó?...)

ELENA. ¿Qué hacer?...

JUAN. ¿Por dónde camino?...

ELENA. Si le escondo, me acrimino;
si se encuentran... ¡ah! ¡no!
(A don Juan que se dirige á la habitacion de Elena.)
¡No!

JUAN. ¿Por aquí?... (Segunda derecha.)

ELENA. Sí.
UNA VOZ DENTRO. Gil, despierta.
ELENA. Tampoco...
JUAN. ¿Dónde ocultarme?...
ELENA. Aquí... Despues.. (Levantando el tapete de la mesa.)
JUAN. ¿Yo arrastrarme
por el suelo?...
ELENA. ¡Abren la puerta!...
Hágame usted la merced...
JUAN. ¡Yo arrastrarme!...
ELENA. ¡Oh!...
JUAN. Me resigno.
ELENA. ¡Pronto! ¿Qué sitio es indigno
del que entra aquí como usted?

ESCENA XX.

ELENA.—DIEGO.—JUAN, debajo de la mesa.

Despues... ¡Que Dios me ilumine!...
Mas ya sube... ¿Quién le ha abierto?
(Coge el candelabro que está sobre la mesa y se dirige á la puerta.)
No puedo... (Deja el candelabro sobre la mesa de la izquierda.)
DIEGO. ¡Todos dormidos!
Y si no es por el portero...
ELENA. ¿Diego?...
DIEGO. ¡Elena!... Más ¿qué tienes?
Estás asustada.
ELENA. Cierto.
¿Vienes malo?
DIEGO. No, hija mia.
Sosiégate.
ELENA. ¿Por qué has vuelto?
DIEGO. Hallé á nuestro apoderado:
va allá... sabe como pienso

en este asunto... Le dije
lo que ha de hacer y... Confieso
toda la verdad: sentia
una angustia, un desconsuelo
que á medida que de casa
me alejaba, iban creciendo;
y animado con el otro
me dije: «á casa me vuelvo.»
¿Qué tal?

ELENA. Pues mira, suceda
lo que suceda, me alegro.

DIEGO. ¿Qué ha de suceder?

ELENA. (Cambiando de tono.) ¿No dices
que era importante en extremo...
el asunto...

DIEGO. Mas va el otro...

ELENA. ¿No te recoges?

DIEGO. No: quiero
dejar escritos dos partes
telegráficos y luego
despertar á Gil y...—¿Ibas
á acostarte?

ELENA. No: aquí tengo
á Paulina...

DIEGO. ¿La has traido
por no estar sola? Bien hecho.
¿Sabes que estoy tan cansado
como si hubiera en efecto
(Sentándose sobre la mesa del centro.)
viajado mucho y te miro
con tanto placer que creo
que vengo de dar la vuelta
al mundo?

ELENA. No pierdas tiempo.

DIEGO. Mira; es muy supersticioso
el amor: no entiendes de eso,

porque no me quieres tanto
como yo.

ELENA. ¡Que no te quiero!...

DIEGO. ¿Mucho?

ELENA. Quisiera ahora mismo
que estuvieras en mi pecho:
Dios es testigo: Dios sabe
que eres el único objeto...
Diego, por piedad, no dudes
de mí ni un solo momento!

DIEGO. ¡Bendita sea la luz (Abrazándola con efusion.)
de mi alma!

ELENA. Vamos... presto...

DIEGO. Sí, sí: voy á despachar...
Recógete.

ELENA. (Señalando su habitacion.) Allí hay tintero.
(Entra Diego en la habitacion de Elena.)

JUAN. ¡Aunque muera!... (Saliendo.)

ELENA. Por allí... (Primera derecha.)
Pronto. (Váse don Juan.) (¡Protéjame el cielo!)
Siento en el alma los pasos
de los dos... (Suena ruido de algun mueble que cae en el cuarto donde entró Juan.)
¡Ay!... Ese estruendo...
Vamos... si es inevitable...
¿Habrá oido?...

DIEGO. (Volviendo.) ¿Elena?

ELENA. (¡Diego!)

DIEGO. ¿Has escuchado el ruido?...

ELENA. Sí; me parece...

DIEGO. Y ¿qué es eso?

ELENA. Será... (Suena un ruido mayor.) ¡Ah!

GIL. ¡Ladrones!...

ELENA. Detente.

GIL. ¡Ladrones! (Saliendo.)

ELENA. (¡Ya no hay remedio!...)

ESCENA XXI.

ELENA.—DIEGO.—GIL que sale segunda derecha.

DIEGO. Dí... (Deteniendo á Gil.)
GIL. (Muy agitado.) Yo... me dijo la Petra
que estaba usted de regreso:
comienzo á vestirme; salgo
al pasillo; oigo un estrépito
y miro salir un hombre
de aqui... se me acerca; suelto
la luz y corro... Mas ya
si usted quiere que... (Haciendo ademan de volverse.)
DIEGO. No; quieto.
¿Has cerrado bien la puerta
que da al jardin?
GIL. Por expreso
mandato de la señora.
DIEGO. Pues no han de salir... corriendo...
GIL. ¿Dónde voy?
DIEGO. Guarda la puerta
de la calle: esa sospecho
que han falseado.
GIL. (Saliendo.) ¡Ladrones!
¡Ladrones! (Llaman á la puerta de la calle.)

ESCENA XXII.

DIEGO.—ELENA.—PAULINA segunda derecha.

PAULINA. ¡Jesus que miedo!...
DIEGO. Paulina?
PAULINA. Quién es?...
DIEGO. ¿Te asustas
tambien de mí?

PAULINA. (Abrazándole.) No, me alegro
de tu vuelta. Tropezó
conmigo... Dios me dió esfuerzo
para venir... Y me ha hablado,
y aquella voz...

DIEGO. (Abriendo el cajon de la mesa de la izquierda.)
Yo prometo
que el ladron que entra en mi casa...

ELENA. Qué buscas?...

PAULINA. (Aquel acento!...
El suyo... No hay duda... Estaba
con ella...) (Diego saca una pistola.)

ELENA. Yo te lo ruego...
¡Tú exponerte!

DIEGO. Suelta.

PAULINA. Ah! no!...
matarle no!

GIL. (Dentro.) Subid presto.

ELENA. (Oh! qué escándalo, Dios mio!)

ESCENA XXIII.

DICHOS.—GIL, un sereno y el portero.

DIEGO. Vosotras á ese aposento
os retirais... Por aquí... (Primera derecha.)
Dad la vuelta: (A Gil y los otros.) yo me quedo
guardando aquella. (Segunda derecha.)

GIL. Seguidme.

(Entran Gil el sereno y el portero, por la primera puerta de la derecha del actor.)

ELENA. Ven con nosotras...

DIEGO. ¡Qué miedo
ni qué demonios!... Entrad
pronto! y cierra.
(Llevándolas á la habitacion de Elena.)

ELENA. (Yo me entrego
en manos de Dios!...)

DIEGO. Ahora...
No le queda más remedio.
Saldrá la res perseguida
por aquí y aquí la espero.
(Se pone enfrente de la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XXIV.

DIEGO.—JUAN.

JUAN. Esto á mí!...

DIEGO. (Apuntándole.) Quieto! Esa cara!...

JUAN. Oye!...

DIEGO. Ladron de mi honra!...
Tú!... (Levantando de nuevo la pistola.)

JUAN. Mi cadáver deshonra
dos mujeres.

DIEGO. Oh!...

JUAN. Dispara.

DIEGO. Pronto! aquí... (Lo encierra en el armario.)

ESCENA XXV.

DIEGO.—GIL, el SERENO y el PORTERO.—Despues ELENA y PAULINA.

DIEGO. ¡Se ha vuelto loco
este infame ó es culpada
ella!!...

GIL. Señor? (Saliendo.)

DIEGO. Nada... nada.
Le habeis hallado?

GIL. Tampoco.

DIEGO. Acaso esté todavía...

GIL. Si todo se he registrado.

DIEGO. Pues entónces se ha escapado
(En voz alta y procurando que lo oigan Paulina y Elena.)
ó tal ladron no existia.

GIL. Si yo he visto!...

DIEGO. Pues no ves
que no existe? Dónde está? (Salen Paulina y Elena.)

ELENA. ¿Que se ha escapado?

DIEGO. Aunque ya
comprendo el caso cuál es.
Alguno que se alarmó...
Yo en mi casa entré de un modo
inesparado... y de todo
el estruendo he sido yo
la causa...

GIL. ¡Cosa más rara!
(Sale con el sereno y el portero.)

DIEGO. (Si ella pensara en mi ruina
no trajera aquí á Paulina
y él seguro se escapara.)

PAULINA. ¿No salió?... (Observando la fisonomía de Diego.)

DIEGO. Sin duda alguna.

PAULINA. (Si yo...)

ELENA. (Idem.) ¿No le has visto?

DIEGO. Justo.
Con que... desechad el susto
y á su cuarto cada una.

ELENA. (¿Y cómo?...)

PAULINA. (¡Ese hombre crue
de cuántos modos me asombra!)

DIEGO. (¿Es posible?...) (Mirando á Elena.)

ELENA. (Cada sombra
se me figura que es él.)
(Paulina entra en la primera habitacion de la derecha; Elena en la suya.)

ESCENA XXVI.

DIEGO.

Yo sabré sin dar un grito
si ella intenta deshonrarme.
Y en tanto...
(Echa la llave del armario y la quita.)
bueno es quedarme
con el cuerpo del delito.
(Da un golpecito con la llave en el armario y dice:)
Yo me acuesto: si hay ruido
mando el armario quemar.
Abur... No siempre ha de estar
en ridículo el marido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

GIL.—SEGUNDO.

(Gil aparece dormido en una butaca. Despues de una larga pausa sale don Segundo muy pensativo: viene de la calle.)

SEGUNDO. (Si me lanzo ¿por qué tiemblo?
si tiemblo ¿por qué me lanzo? (Pausa.)
¿Será el primer despropósito
de una mujer?... El adagio
¿no asegura, y la experiencia
lo confirma á cada paso,
que la mujer y la gata
de quien la trata? ¿No es claro
que la paciencia consigue
más que el mérito? Mil lauros
¿no atribuye todo el mundo
á la ocasion? ¿No me hallo
siempre cerca... sin que nadie
lo extrañe? ¿No entra en el cálculo
de muchas que son prudentes
favorecer con su halago
más que á un lindo vocinglero
á un camastron redomado?

Pues si tengo en favor mio
ocasion, silencio, trato...
¿Por qué tiemblo? (Pausa.) Si me voy,
he de volver. No hay cuidado
que aguije como un deseo
consentido.—Es necesario
adelantar... como grulla...
un pié en tierra y otro en alto.
Atisbo; miro seguro
el terreno; doy un paso
en firme, y vuelvo á la misma
posicion. Y así... despacio...
y siempre en la pista y siempre
á lo somormujo... (Gil ronca fuerte.)
¡Diablo!...
Es Gil. Y ¡cómo requiebra
el sueño! Si me congracio
con él; si logro que ayude
mi plan... ¿Gil? (Despertándolo.)

GIL. (Levantándose despavorido.) ¿Ladró...

SEGUNDO. (Deteniéndolo.) ¡Muchacho!

GIL. ¿Es usted?

SEGUNDO. ¿Sueñas?

GIL. (Restregándose los ojos.) Soñaba...

SEGUNDO. ¡Has dormido aquí! (Con extrañeza.)

GIL. Me cuajo
donde quiera: fuí sereno
y me quedó ese resabio.

SEGUNDO. Pero...

GIL. Y usted ¿por qué viene
de visita tan temprano?

SEGUNDO. Como está fuera de casa
don Diego y yo me levanto
muy de mañana, he venido
á ver si se ofrece algo
á tu señora.

GIL. (No sabe
la vuelta.)
SEGUNDO. ¿Se ha levantado?
GIL. No señor.
SEGUNDO. Se acostaria
acaso muy tarde.—
GIL. Acaso.
SEGUNDO. Dicen que ha habido esta noche
ladrones en este barrio.
Tú ¿no sabes?...
GIL. No sé nada.
SEGUNDO. Pero, Gil, ¿por qué eres zafio (Con cariño.)
conmigo? ¿Por qué me pones
tan mal gesto?
GIL. (¡Ay qué marrajo!)
SEGUNDO. Cuando yo... Pero ¿no escuchas
lo que te digo?
GIL. (Hoy lo clavo.)
Señor y á usted ¿qué le importa
encontrarme duro ó blando?
SEGUNDO. Hombre... si entro en una casa
me gusta ver agasajo
en todos, y si un perrillo
me ladra, paso un mal rato.
GIL. Pues descuide usted, que yo
morderé, pero no ladro.
SEGUNDO. Siempre tengo que arrancarte
las palabras...
GIL. Es que pago
en la moneda...
SEGUNDO. ¿Pues yo?...
GIL. Pues usted ¿no es reservado
conmigo?
SEGUNDO. ¡Cómo!... ¿Qué dices?
GIL. ¿Piensa usted que yo me mamo
el dedo?

SEGUNDO. ¡Gil!... ¿Qué pretendes
decirme?
GIL. Que es un agravio,
una afrenta, no fiarse
de mí... ¿Soy turco?
SEGUNDO. (Con alegría.) (¡Ya caigo!)
GIL. Pues, señor, ¿de qué servimos
en las casas los criados?
SEGUNDO. Explícate: tú ¿adivinas
mi secreto?
GIL. Cazo largo.
SEGUNDO. En fin...
GIL. Usted la camela.
SEGUNDO. ¿Y tú te allanas?
GIL. Me allano:
¿por qué no?
SEGUNDO. Cierto: ¿qué tiene
de particular?... (¡Qué hallazgo!)
Y vas á servirme...
GIL. En todo.
SEGUNDO. (¡Si estoy por darle un abrazo!)
Y dí: ¿cómo empezaremos?...
Tú desengáñate: en tanto
que no hay amores, no medran
los sirvientes.
GIL. ¡Ya he empezado
á servir á usted.! (Con socarronería.)
SEGUNDO. ¿Me engañas?
GIL. No, señor.
SEGUNDO. Y cómo? y cuándo?
GIL. Sí; ya le he dicho que usted
se abrasa...
SEGUNDO. Sí que me abraso!
GIL. Y anda que bebe los vientos
por ella.
SEGUNDO. Y habrá pensado

sin duda que el mandadito
iba de mi parte.

GIL. Tanto
no diré.

SEGUNDO. Con que ella sabe
que la adoro... ¡Buen presagio!
Lo sabe Elena y me trata
como siempre.

GIL. No lo extraño.

SEGUNDO. Yo sí: no sé qué pensar... (Dudoso é impaciente.)

GIL. Pierda usted el sobresalto,
señor. No extrañe usted nada. (Con mucha calma.)

SEGUNDO. Y por qué?

GIL. Por que es el caso...
la verdad; que yo aturdido...

SEGUNDO. Qué has hecho?

GIL. Errar el mandado,
y en vez de dárselo al ama,
se lo espeté...

SEGUNDO. A quién?

GIL. Al amo.

SEGUNDO. Horror!... ¡Al mismo don Diego!

GIL. Al marido mismo.

SEGUNDO. ¡Bárbaro!...
Asesino!

GIL. Pues ¿qué tiene
de particular?...

SEGUNDO. No salgo
de mi estupor. ¿Nada encuentras
de particular?

GIL. Es claro.
No es malo que usted lo haga
¿y que yo lo diga es malo?

SEGUNDO. (¡Ay de mí!) Y ¿él?...

GIL. La verdad:
no le gustó.

SEGUNDO. (Estoy pisando
un volcan. Querrá vengarse
cuando vuelva... Yo me marcho...)

GIL. Se va. (Vuelve don Segundo.)
Vuelve. Tiene azogue.

SEGUNDO. (Elena de mi arrebato
nada sabe. Le diré
que me calumnia ese ganso;
que me defienda con Diego
cuando vuelva. Aquí la aguardo:
esto es mejor. Siento ruido:
ella sale. (Sale Diego.) (¡Cielo santo!)

ESCENA II.

DIEGO.—SEGUNDO.—GIL.

(¡Ha vuelto para cogerme
in fraganti! (Quiere irse.)

DIEGO. ¿Quién?

SEGUNDO. (No escapo.)

DIEGO. ¿Segundo?

SEGUNDO. Yo...

DIEGO. ¿Qué te ocurre?

SEGUNDO. (¡Ay qué calma!) Me han contado
tu vuelta y que hubo ladrones
anoche...

DIEGO. Sí; se alarmaron
sin motivo.

SEGUNDO. Pues á Dios.

DIEGO. No: no te vayas.

SEGUNDO. (¡Qué amargo
momento!)

DIEGO. Tengo que hablarte
de un asunto...

SEGUNDO. (Y ya ¿qué hago?

Ni sé mirarle, ni hablar,
ni correr, ni estar parado.)

DIEGO. (Allí está. Bueno seria
traer gente; hacerle escarnio
de todo Madrid.)

GIL. (Observando á Diego.) (Apuesto
que está pensando los palos
que le ha de dar.)

SEGUNDO. Mi señora
tal vez me estará esperando...

DIEGO. Anda y díle que no espere. (A Gil.)

SEGUNDO. (Me echó la garra.)

GIL. (Con intencion.) Y si acaso (A Diego.)
el motivo me pregunta,
¿lo digo?

DIEGO. (Con extrañeza.) Y ¿á qué ocultarlo?

GIL. (Y es verdad: sepa las mañas
de su esposo.)

ESCENA III.

DIEGO.—SEGUNDO.

DIEGO. Oye.

SEGUNDO. (¡Ha llegado
mi hora!)

DIEGO. (En voz baja y poniéndole la mano sobre el hombro.)
Sabes que tengo
al traidor entre mis manos?

SEGUNDO. (Esto es hecho.)

DIEGO. (Consultándole.) ¿Qué castigo?...

SEGUNDO. Su perdon: el mas bizarro.

DIEGO. ¡Su perdon!...

SEGUNDO. (En tono suplicante y contrito.)
Piensa que nadie
se libra de un temerario

pensamiento. Dios perdona:
perdona tú.

DIEGO. ¡Qué cristiano
te has vuelto!

SEGUNDO. Miro por tí,
miro por ella. El escándalo
mata. Tú ¿no estás seguro
de Elena? ¿No es el encanto
de todos?

DIEGO. (¡Ah!)

SEGUNDO. ¿Qué te importan
las culpas de otro? Ofuscado
una vez ¿no padeciste
un grave error? Si despacio
lo miras, quizás ahora
padezcas el mismo engaño.

DIEGO. Ahora... (¿Qué iba á decir?
Ni á un amigo, ni á un hermano,
ni á nadie...)

SEGUNDO. (¿Qué pensará?)

DIEGO. Vé y espera en mi despacho.

SEGUNDO. Voy. (Le obedezco lo mismo
que un niño. ¡Si de esta escapo!...)

ESCENA IV.

DIEGO.

¿Qué hacer? En caso tan grave,
¿quién se ha visto ni se ve?
Ella dudosa en mi fe;
yo mudo, y él bajo llave.
Y en verdad que cuando veo
al bravo Amadís de Gaula
encerrado en una jaula
para mi propio recreo,

á pesar del padecer
que el recelo me ocasiona,
cierta risa juguetona (Sonriendo.)
inunda todo mi ser.
Y al reirme... siento el frio
de la duda; se oscurece
mi espíritu y me parece
que de mí propio me rio.
Si ella resulta culpable,
él de aquí no sale vivo. (Pausa.)
Que se turbó es positivo; (Recordando.)
que algo calla, es indudable.
Ambos con igual empeño
hemos estado entre abrojos,
estudiándonos los ojos
y espiándonos el sueño.
Pero ¿por fuerza ha de ser
culpa lo que oculta Elena?
Si ella siempre ha sido buena ..
Si le ha conocido ayer;
¡es posible, Dios bendito!...
¿No es todo ménos violento
que pasar en un momento
de la inocencia al delito? (Pausa.)
Paulina pudo tambien
ser causa... Y ahora pudiera...
(Se dirige á la habitacion de Paulina.)
Es muy niña y aunque quiera
ocultar... ¿Paulina?

PAULINA. (Dentro y algo sobresaltada.) ¿Quién?

DIEGO. Sal.

PAULINA. Dios te guarde.

ESCENA V.

DIEGO.—PAULINA.

DIEGO. ¡Ah, qué adusto
semblante!...
PAULINA. Si; mala vengo,
Diego. (Apoyándose en su hombro.)
DIEGO. ¿Pues qué tienes?
PAULINA. Tengo
un malestar...
DIEGO. Pues; el susto
no te ha dejado dormir.—
En mal hora se empeñó
Elena...
PAULINA. No; si fuí yo
la que me empeñé en venir.
DIEGO. ¿Tú?
PAULINA. Sí.
DIEGO. Dime: cuando entré
no estabas aquí.
PAULINA. (Volviendo la cara.) (¡Ah!)
DIEGO. Responde:
¿dónde estabas?
PAULINA. No sé donde.
Elena me dijo...
DIEGO. ¿Qué?
PAULINA. (Si ella lo ha callado y yo
descubro...)
DIEGO. ¿Qué me decias
de Elena?
ELENA. (Saliendo.) Felices dias.
DIEGO. (¡Ah! No la trajo y la echó.)

ESCENA VI.

ELENA.—DIEGO.—PAULINA.

PAULINA. (Aquí estaba... Y ¿desconfio (Reprendiéndose.)
de ella? ¡Ay Dios!...)

ELENA. (Observando á Diego.) Esa mirada...

PAULINA. (Desde que soy desgraciada
pienso mal á pesar mio.
Dios me ampare.)

ELENA. (A Diego.) ¿Qué te obliga
á apartar de mí los ojos?

DIEGO. Nada. (Despues de mirarla fijamente.)

ELENA. ¡Diego!

DIEGO. Son antojos
que sabrás sin que los diga.

ELENA. No más tu silencio aumente
la inquietud en que me abraso.

PAULINA. (¡Eh!... yo sabré todo el caso,
cuando Elena me lo cuente.)

ELENA. ¿No me sacas de este abismo?

DIEGO. (¡Calma! Si digo que sé
mi ignominia, aquí tendré
que darle muerte ahora mismo.
¡Silencio!...)

ELENA. ¿Por qué te alteras?

DIEGO. Dice la niña... (Cambiando de asunto.)

ELENA. ¿Qué pasa?

DIEGO. (Observando á su mujer.)
Que anoche se vino á casa
sin que tú se lo exigieras.

ELENA. ¿Y qué?

DIEGO. Nada: yo creia
que tú...

ELENA. (¿Qué quiere indicarme?)

PAULINA. Pues ¿no puedo yo quedarme
cuando quiera?
DIEGO. Si, hija mia.
PAULINA. Tú no quieres.
DIEGO. ¡Yo!
ELENA. (No acierta
mi mente...)
DIEGO. Todo al contrario.
PAULINA. Sí... ¿Por qué has puesto el armario
(Con cariñosa ironía.)
delante de nuestra puerta?
DIEGO. Decia el tio...
ELENA. (Mirando al armario y como asaltada de una idea.)
(¡Si estará!...)
DIEGO. Que sólo hallabas placer
aquí.
PAULINA. Tú, que tu mujer
se encontraba siempre allá.
ELENA. (Está la llave quitada.)
PAULINA. Y evitando la porfía,
amanecimos un dia
con la puerta interceptada.
Porque no venga. Con Dios.
ELENA. No; no te vayas. (De pronto.)
PAULINA. (Observando á Elena.) ¿Sí?
ELENA. Espera.
DIEGO. (Quieren hablarse. Si oyera (Observándolas.)
lo que han de hablarse las dos...)
(Diego se dirige á la puerta que conduce á la calle.)
PAULINA. Si vas á mi casa, dí
á Pedro... (Acercándose á Diego.)
DIEGO. No; si no voy. (Sale.)
ELENA. (Si él guarda la llave, estoy
segura...) Espérame aquí. (Entra en su habitacion.
PAULINA. Bien. (Cerca del armario.)

ESCENA VII.

PAULINA.—Despues DIEGO.

¡Qué confusa batalla
de dudas!... ¿Cómo se fué?

JUAN. ¿Paulina? (Dentro del armario.)

PAULINA. ¡Ah!

JUAN. (Mete un papel por las junturas de las tablas.) Toma y lee.

PAULINA. ¡Gran Dios!

(Paulina está un momento dudosa: se acerca al fin á tomar el pape y se encuentra con Diego.)

¡Ah!

DIEGO. (Diego toma el papel.) ¡Chist! Vete y calla.

(Diego se adelanta y lee el papel: Paulina queda en el fondo.)

PAULINA. ¡Yo sueño!... ¿Ese escrito?... ¡Ya
comprendo lo que ha de ser!...
Sin duda logró romper
alguna tabla y querrá
por mi casa... — Me ha ultrajado:
no debo hablarle. Si accedo,
creerá que olvido... — ¿No puedo
valerme de algun criado?
Pero y ¿si alguno le ve
tan de mañana salir?...
¡Mi honra!... Puedo advertir
que le detengan... ¿Qué haré?
(Repara en la emocion de Diego.)
Pero Diego... ¡Está mortal!
Una desgracia preveo,
si los dos... ¡No dudo! (Sale precipitadamente.)

DIEGO. ¡Creo
que lo he comprendido mal!...

ESCENA VIII.

DIEGO.

(Vuelve á leer el papel.)

«¡Perdona y sálvame! Yo
»mi conducta explicaré;
»y si aquí he venido, fué
»porque Elena me citó.
»Tengo una tabla vencida:
»si libre paso me das
»por tu casa, salvarás
»muchas honras y una vida.»
Elena dice... Y ¿con calma
miro?... — El mal que me sucede
es tan grande que no puede
entrar de un golpe en el alma.—
¡Qué horroroso desconcierto!
¡En un momento perece
honra, amor!... Sí, sí; parece
imposible; pero es cierto.—
Voy á arrojarle su atroz
perfidia!... (Se dirige al cuarto de Elena y se detiene.)
No: no te creo:
(Llevándose la mano al corazon.)
Muestras ira y es deseo
del soborno de su voz. (Pausa.)
El... Lo puedo asesinar
y arrastrar por los cabellos!...
Pero... ¡mejor fuera que ellos
me acabaran de matar! (Cayendo en una silla.)
¡Que esto pueda un desvarío!...
(Abismado y en voz baja.)
¡Que tenga tantas dobleces

un corazon!... ¡Cuántas veces
he estrechado sobre el mio
aquel abismo profundo
de iniquidad!... y creia
que entre mis brazos tenia
toda la dicha del mundo!
¡Eh!... basta! (Se levanta.) De esa mujer
ya ni áun vengarme pretendo.
Sí; pero seguir viviendo
él y yo... no puede ser.—
De aquí lo saco! Segundo
será testigo, y que Dios
decida cual de los dos
debe quedar en el mundo.
Lo mismo me importa... Aquí
¿quién dichoso puede ser,
si la dicha es la mujer
y la mujer es así?
¿Segundo? (Llamándole en voz baja y en la puerta.)

ESCENA IX.

DIEGO.—SEGUNDO.

SEGUNDO. Aquí está. (¿Qué nuevas
(Mirando con temor á Diego.)
me aguardan?...) Dí: ¿qué meditas?
DIEGO. (Es mejor... Dejaré escritas
dos letras...)
SEGUNDO. ¿Qué?
DIEGO. No te muevas
de aquí.
SEGUNDO. ¿Ese aspecto sombrío?...
DIEGO. ¡Silencio!...
SEGUNDO. Saber anhelo...
¿De qué se trata?

DIEGO. De un duelo.
SEGUNDO. ¡Un duelo!
DIEGO. A muerte. (Entra en su despacho.)
SEGUNDO. ¡Dios mio!

ESCENA X.

SEGUNDO.—Despues ELENA.

¡Ay de mí! ¡Quiere matarme!
Pero ¿qué he hecho yo?...
(Ruido en el armario: don Segundo se estremece.)
¡Ay!... Tambien
creí que me amenazaban
los muebles.—Pero ¿cuál es
mi crímen, que así subleva
á todos? Porque pensé
y tuve intencion... Pues de esto (Incómodo.)
Dios solamente es el juez.
Si pensamientos merecen
un castigo tan cruel,
tan bárbaro, ¿quién se libra
de que le estrujen la nuez?—
¿Echo á correr?... ¿qué dirán?
No: yo no quiero correr
ni batirme. (Se sienta con ira.)
ELENA. (¡Ya no hay duda!
Guardar con tal interés
la llave!...)
SEGUNDO. ¡Elena! Usted puede...
ELENA. ¿Qué?
SEGUNDO. (Si la alboroto, creerán
que tiemblo...)
ELENA. Esa palidez,
ese sobresalto...
SEGUNDO. ¿Yo?

Pues si estoy tranquilo...

ELENA. ¿Y él?
¿Dónde está Diego?

SEGUNDO. Le aguardo.

ELENA. Pero ¿qué pasa? (Con inquietud.)

SEGUNDO. Pues bien;
quiere salir á batirse...

ELENA. ¡Batirse!... ¡No me engañé!

SEGUNDO. ¿Usted sospechaba?...

ELENA. ¡Todo!

SEGUNDO. Vuelve... (Mirando á la puerta por donde entró Diego.)

ELENA. Retírese usted.
Yo sola...

SEGUNDO. (Esto no es huir.)

ELENA. ¡Pronto! (Segundo quiere dirigirse á la puerta de la calle: sale Diego; retrocede y se mete en la habitacion de Elena.)

SEGUNDO. Si avanzo, me ve.

ESCENA XI.

ELENA.—DIEGO.

DIEGO. Esto se acabó. ¿Quién?...

ELENA. ¿Diego?

DIEGO. (¡Ella!)

ELENA. Yo soy quien te espera.
¿Dónde vas?

DIEGO. (¿De qué manera
la echaré?)

ELENA. ¡Yo te lo ruego!...

DIEGO. ¿El qué?

ELENA. ¡Descúbreme el alma!

DIEGO. (¡Oh!)

ELENA. Tu impaciencia reporta;
que en fin... lo que más importa

se ha de tratar con más calma.
Si algo callé... (Con mucha intencion.)

DIEGO. (¿De qué modo?...)

ELENA. Por prudencia ó temor ciego,
habla: pregunta.

DIEGO. Sí; luego,—
no tiembles,—lo sabrás todo.
Vé... y una carta hallarás
ahí dentro: quizás consiga...

ELENA. ¡Nada quieres que te diga!
¡Nada me dices!

DIEGO. ¿No vas?

ELENA. (¡Ay de mí! Quiere que calle;
que no hablemos de... ¿Qué haré?
¿De qué modo empezaré
sin que su cólera estalle?)

DIEGO. ¡Elena! (En tono amenazador.)

ELENA. Si estoy callada.

DIEGO. ¿Te vas? Tendré que sacarte
de aquí? (Reprimiéndose.)

ELENA. Si no voy á hablarte...
Descuida; no diré nada. (Pausa corta.)
¡Tú quedaras satisfecho
si el alma hablara sin voces!
Y.. ¡cómo no me conoces
si me tienes en tu pecho!

DIEGO. (¡Y yo escucho!...)

ELENA. Di la pena,
el error que te fascina.

DIEGO. (De este modo se camina
á la infamia.) Vete, Elena.

ELENA. Pues dime... si es tu deber.
Hablemos... Yo te prometo...
Si Dios no quiere secreto
entre marido y mujer;
solo la muerte—ten calma—

rompe obligacion tan fuerte.
Mientras no llega la muerte
los dos se deben el alma!

DIEGO. ¡Pues bien! (Dirigiéndose al fondo.)

ELENA. (Cogiéndole de un brazo.) ¡Oh!

DIEGO. (Aparentando calma.) No has de decir
nada que mi intento tuerza.

ELENA. Tendrás que usar de la fuerza
si no me quieres oir.

DIEGO. ¡Aparta!...

ELENA. Pues ¿no has oido
que soy tu mujer?...

DIEGO. ¡Oh! ¡sí!...
Ya lo sé.

ELENA. ¿Tan mala fuí
que lo sientes? ¿No lo he sido
atenta siempre á tu amor,
á tu llanto, á tu placer?
Y ¿no he de ser tu mujer
para tratar de tu honor?

DIEGO. ¡No grites!...

ELENA. Bien; eso sí:
yo te hablaré como quieras.
Pero habla.

DIEGO. ¿No consideras
que por mi honor y por tí
me callo? ¿No has advertido,
en medio de tu despecho,
que el hombre de cuyo pecho
eterno huesped has sido;
que en sus burlas y sus veras,
en sus virtudes y faltas,
pensaba... con voces altas
para que tú las oyeras;
una vez que se ha propuesto
á tu vista enmudecer,

¡muy dura tiene que ser
la mordaza que le has puesto!
¿No ves que este acusador
silencio que te exaspera
es la fineza postrera
que puede hacerte mi amor?
¿Y no adviertes que en seguida,
si te descubro mi pecho,
tendré que decir: «¿qué has hecho
de mi honor y de mi vida?»
Un hombre á tí se presenta
y en solo un dia!!!

ELENA. ¡Oh! ¿Tú crees?...

DIEGO. Basta. Si hablar de esto... es
encenagarse en la afrenta.
Déjeme usted, pues me vende...

ELENA. ¡Oh!...

DIEGO. Conservar todavia
la parte de la honra mia
que solo de mí depende.

ELENA. Oye y sabrás de qué modo
ha entrado.

DIEGO. ¿Y quién lo citó?

ELENA. Yo misma!... Calla, que yo
quiero decírtelo todo.
Calma! — Tuvo la osadía
de hablar de amores conmigo...
(Movimiento de ira en Diego.)
Oye y verás como digo...

DIEGO. ¿No sigues?

ELENA. ¿Qué te decia?

DIEGO. ¿Ya no atinas?... (Con sarcasmo.)

ELENA. ¡Dios bendito!...
Cuando tu voz me condena,
¿tambien que me ahogue la pena
es señal de mi delito?

¡Diego!... ¡Que de esta manera
me trates!...

DIEGO. Dí... pierde el miedo.
Ya te escucho. (Ya no puedo
dejar de oirla, aunque quiera.)

ELENA. Me habló... Ya te dije... En fin,
ántes que yo respondiera
me suplicó que saliera
á la reja del jardin.
Dije que sí: mas por Dios!...
Para que fuera Paulina
en mi lugar. Tú imagina... —
La venganza de las dos;
el escarnio del que infiel...

DIEGO. ¿Y ella supo?...

ELENA. Sí; y se aleja
de aquí; y estaba en la reja
esperándole; mas él,
detenido se quedó
sin duda al salir la gente,
y ¿lo creerás? De repente,
—¡áun tiemblo!—aquí apareció:
volviste tú, ¡tan de priesa
nos quiso vengar el cielo!
y arrastrando por el suelo
se escondió bajo la mesa.

DIEGO. (¡Oh!...)

ELENA. Lo demás tú lo sabes.
Si áun dudas...

PAULINA. ¿Elena?

ELENA. ¡Ah! ven.

ESCENA XII.

DIEGO.—ELENA.—PAULINA.

(Paulina entra creyendo encontrar á Elena sola: al ver á Diego se para.)

ELENA. Pregúntale: yo no he hablado
con Paulina. Indaga...

PAULINA. ¿Qué?
(Ya comprendo.)

DIEGO. (Este consuelo
que me inunda, ¿puede ser
engañoso?)

ELENA. Dime: anoche
¿qué te dije?

PAULINA. (¿Qué diré?)

ELENA. Mira que no necesito
disculpas y mira bien
al hablar, que es la mentira
la que me puede perder.

PAULINA. Dijo Elena que á la reja
del jardin...

DIEGO. Basta: no des
mas explicaciones...

ELENA. (Mirándole llena de gozo.) ¡Diego!

DIEGO. Perdóname.

ELENA. (Echándose en sus brazos.) ¡Ay! Otra vez
no dudes por Dios... Te cuesta
muy caro y á mí tambien.

PAULINA. (Ya no habrá mas pesadumbre
que la mia... Y el infiel
quiere hablarme. ¿Qué podrá
decirme?... No: que se esté
allí solo; y cuando pueda
salir sin que extrañen...)

DIEGO. ¡Eh!...
Ya esto es otra cosa. Ahora...
Dejadme.

ELENA. (Alarmada.) ¿Qué vas á hacer?

DIEGO. No te apures. Nada. (¡Echar
de mi casa á puntapiés!...)

ELENA. ¡Diego! (¿Qué no he de salir
del peligro?) Mira: ten
prudencia. ¿Qué apetecias?
¿vengarte? Pues ya te ves
vengado, y de una manera
bien cumplida. — ¿Escarnecer
un don Juan? — ¿Quién ha sufrido
un escarnio mas cruel?—
Y en fin, aunque yo repruebo
como tú su proceder,
medita, Diego, que ha sido
estimulado tal vez
por la escena que los dos
aquí tuvimos ayer.

PAULINA. ¡Ay Elena, que mil veces
yo lo he pensado tambien!

ELENA. Y pues tienes que sacarlo... (Mirando al armario.)

DIEGO. ¿Tú sabes?...

ELENA. Lo adiviné.
No me asustes; no me dejes
temiendo que ahora ó despues...
¿Quiéres con mostrarle ira
echarlo todo á perder?
Muéstrale que haberle puesto
escarnecido á tus piés,
no te ha costado siquiera
el mas leve padecer.
Aparezca en tu sosiego
inalterable la fe
que me debes; y si anhelas

completamente vencer
y la mas noble venganza
despues de la mas cruel,
pues es fuerza que le hables,
háblale, pero ha de ser
procurando de un malvado
hacer un hombre de bien.

PAULINA. ¡Hazlo por mí!... ¡porque Dios
te dió tan buena mujer!
(¡Ah!... Ya siento...)
(Dirigiéndose á la puerta que conduce á la calle.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—GIL.

GIL. (Bajo á Paulina.) Señorita,
me ha dicho Pedro, que aquel
caballero...

PAULINA. Que al momento
venga aquí, ¡volando!

GIL. Bien.

ESCENA XIV.

ELENA.—PAULINA.—DIEGO.—SEGUNDO.

SEGUNDO. (¿Me atreveré?... Ya parece
mas blando.)

PAULINA. (Volviendo á Diego.) Si ahora que cree
que su afrenta y todo el mundo
se ha de volver contra él,
tú llamas á su conciencia
con tus palabras y él ve
que renace su esperanza
del angustioso tropel

de sus males, ¿qué ocasion
mas propicia para hacer
que eterno arrepentimiento
le regenere?

ELENA. Ya ves: (Aparte á Diego.)
ella le adora...

PAULINA. Pensaba
su memoria aborrecer,
te lo juro; mas si tú
le haces bueno, le querré.
¿Por qué ha de ser imposible
que se enmiende? No lo es.
El no es tonto, y el ser malo
me parece la sandez
mas grande.

SEGUNDO. (Enternecido.) (Sí... ¡Pobrecita!...
Dios te pague el interés...)

PAULINA. ¿Sí? ¿Le hablarás?

DIEGO. ¡Quiera el cielo
que en eso estribe tu bien!
Idos.

PAULINA. No: si está en mi casa.

ELENA. ¡Ah!

DIEGO. ¿Cómo?

PAULINA. Si; yo mandé
á un criado... mientras tú
leias aquel papel...
Y quiere hablarme, y le he dicho
que venga y creo conocer (Escuchando.)
sus pasos... y viene...

JUAN. (Entrando con resolucion.) ¡Si esto
es probar mi intrepidez!... (Se queda en el fondo.)

ESCENA XV.

ELENA.—PAULINA.—DIEGO.—JUAN.—SEGUNDO.

PAULINA. Aqui está.
ELENA. Diego, por Dios...
DIEGO. Descuida.
(Paulina pasa al fondo á hablar con don Juan.)
SEGUNDO. (¡Con que este es!... (Por don Juan.)
Y nada sabe. (Mirando á Diego.) Y yo estoy
en buen lugar. ¡Oh, placer!...
¿vecinita?... (Pasando al lado de Elena.)
PAULINA. Ya lo sabes.
Quisiste hablarme; pues bien,
habla con Diego.
JUAN. ¿Es posible?...
PAULINA. Nada tienes que temer.
Elena y yo conseguimos...
JUAN. ¡Elena y tú!...
PAULINA. Habla con él.
JUAN. (¿Qué es esto?)
PAULINA. (Suplicante.) Diego...
DIEGO. Salid.
(Elena examina con recelo á don Juan.)
JUAN. (¿Qué quiere darme á entender
su mirada?) (Por Elena.)
ELENA. (¡Quiera Dios
que me engañe!...)
SEGUNDO. ¿No sabré,
vecina, qué significa
lo que pasa?
ELENA. Venga usted.

ESCENA XVI.

DIEGO.—JUAN.

(Pausa.)

DIEGO. (Ya que el lance se ha venido...)
JUAN. (¡Acabemos de una vez!)
Yo...
DIEGO. Silencio. Lo sé todo,
don Juan. ¿No lo he de saber
si hasta hay en mi casa muebles
que se hacen lenguas de usted?
No tema usted que pretenda
humillarle. No: al revés.
Usted se sorprenderá...
y yo me alegro; porque
sorprender á los don Juanes
me causa mucho placer.
Ya ha probado usted la copa
del escarmiento: pues bien;
escarmiento sin enmienda
es árbol sin fruto; es
dolor sin bálsamo, y quiero
conseguir que el hombre infiel
que halló escarmiento en mi casa,
halle la enmienda tambien.
Don Juan nada ha sucedido,
y nadie lo ha de saber.
Fué de noche; hubo tinieblas;
salió la luz, y se ve. (Pausa corta.)
Esa niña; esa infeliz,
única rosa tal vez
que ha brotado en su camino
y no han hollado sus piés,

ya sabe usted que le adora;
que mi honrada sencillez
pidió su mano: y yo creo
que al tratarla con desden,
usted, áun más que con ella,
consigo mismo es cruel.
¿Quiere usted que Elena y yo
seamos padrinos? (Don Juan quiere hablar.)
Despues
que usted pruebe con las obras
que es digno de tanto bien.
Antes de llegar al puerto,
cual sospechoso bajel,
debe estar en cuarentena
hasta que seguro esté;
y los médicos del alma
patente limpia le den. (Don Juan quiere hablar.)
Aquí se queda usted solo;
quiero dejar en el fiel
su decision, sin que nada
la violente. Si usted cree
que puede su corazon
dignamente responder,
nos llama y... buenos amigos
le darán el parabien.
Si usted vacila, se va;
se va para no volver.
Piense usted que este momento
decision de muchos es.
Si hoy dice usted: «Es temprano,»
mañana *tarde* ha de ser. —
Con que, abur. — Este soy yo:
veremos quién es usted. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XVII.

DON JUAN.

(Don Juan permanece un momento en profunda meditacion: poco á poco va asomando á sus labios una sonrisa maligna.)

Sí; no hay duda: todo ha sido
obra de Elena; que bien
su mirada al despedirse
lo quiso dar á entender,
y áun Paulina me lo dijo
con su sándia candidez.
¿Es sueño? Me da una cita
y ápenas pongo aquí el pié
vuelve Diego; me conoce
y me tiene en su poder
y me encierra, y cuando pido
desesperado un cordel,
ella, sólo con pretexto
de Paulina y de su bien,
amansa las tempestades,
y aprovechando el revés,
áun me coloca en mejor
posicion que me encontré.
¡Oh, fortuna! (Ébrio de gozo.) Me debias
desquite, por tanta hiel
como he tragado!... A la niña
puedo entretenerla un mes,
un año... ¡Oh, dicha!...—Aquí mismo
dos letras escribiré,
(Saca una cartera; rompe una hoja y escribe.)
y sepa Elena al instante
que estoy al cabo... Eso es. (Acabando de escribir.)
Ya de acuerdo, se las doy

al descuido... Llamaré
corriendo: no diga Elena
que he tardado en comprender...
(Tira del llamador de la derecha.)
y los otros que vacilo (con sarcasmo.)
para aceptar el Eden.

ESCENA XVIII.

JUAN.—PAULINA.—ELENA.—DIEGO.—SEGUNDO.

PAULINA. Juan!...
JUAN. Dudabas?...
PAULINA. Consumida
estaba por la impaciencia,
temiendo que tu conciencia
permaneciese dormida.
JUAN. Pues ya ves...
PAULINA. Sí; ¡ya florece
mi esperanza!
JUAN. Agradecido
les estoy...
DIEGO. Ha respondido (Desde la puerta á Elena.)
á mi voz.
ELENA. Así parece.
PAULINA. ¿Ves qué buenos?
JUAN. Sí; ya veo
su interés, y ellos verán
que agradezco...
PAULINA. Ven.
SEGUNDO. ¿Don Juan
va á casarse? No lo creo.
JUAN. Pido á usted, si le ofendí,
que olvide...
DIEGO. Ya basta.
JUAN. Y ruego

tambien á Elena que... (Pasa á su lado.)

PAULINA. ¡Ay, Diego,
qué alegre me tienes!

DIEGO. ¿Sí?

PAULINA. ¿Con que serás el padrino?

DIEGO. Ya veremos de qué modo
se porta.

JUAN. Señora, todo (Bajo á Elena.)
lo comprendo; lo adivino.

ELENA. Yo me alegro, si adivina...

JUAN. Este papel es testigo.
(Le entrega el papel y vuelve á hablar con Diego y Paulina.)

ELENA. «Comprendo el plan y lo sigo (Leyendo el papel.)
entreteniendo á Paulina.»
(¡Interpreta este momento!...
¡Jesus! ¡Qué infame cinismo!
¿Quién pudo hacer de sí mismo
un escarnio mas sangriento?)
¿Diego?
(Llamando á Diego que habrá pasado al centro á hablar con Segundo.)

DIEGO. ¿Qué tienes? Estás...

ELENA. Calla: lo vas á saber.
¿Me das palabra de hacer
lo que te diga y no más?

DIEGO. Sí.

ELENA. Mira.
(Diego al leer el papel hace un movimiento de indignacion.)
Ni indignacion
merece; ni áun tu desprecio!
Tú déjame á mí.

DIEGO. ¡Qué necio
he sido!... Tienes razon.
Sólo me queda el afan
de no verle.

ELENA. Pues domina
hasta ese afan. A Paulina

dále ese papel. ¿Don Juan?

(Don Juan se acerca muy solícito á Elena. Diego pasa al lado de Paulina.)

Si algun espejo brillante
para verse el alma hubiera,
más castigo no le diera
que ponérselo delante!

JUAN. (¡Oh!) (Confundido.)

DIEGO. Ni enojo, ni desden.

(Conteniendo un movimiento que hace Paulina al leer el papel.)

PAULINA. Nada. Todo es excusado.
No es tan fácil de un malvado
hacer un hombre de bien.

EGUNDO. (¿Qué es lo que pasa?)

DIEGO. (¡Estos son
los amantes!)

JUAN. (¡Oh, que tormento!
¿Si Diego?...) (Mirándole con miedo.)

DIEGO. Sí: ¡qué talento,
don Juan, y qué corazon! (Señala la puerta de la calle.)

JUAN. (Un dolor nuevo me aflige,
me aterra y me hace cobarde.)
¡Paulina!... (Entra Gil.)

PAULINA. ¡Don Juan, es tarde!
¡Por allí! (Señalando la puerta de salida.)

SEGUNDO. (¡Si yo lo dije!)

ESCENA XIX.

DIEGO.—ELENA—PAULINA.—SEGUNDO.—GIL.

PAULINA. ¡Oh! ¡gracias! (A Elena.)

SEGUNDO. (Nadie del mundo
ya entra aquí. Yo solo y fijo...)

GIL. Señor, llorando me dijo
la mujer de don Segundo

que no le deje usté un hueso
en su lugar.

DIEGO. ¿Y por qué?

GIL. ¡Toma! porque le conté
el suceso...

DIEGO. ¿Qué suceso?

GIL. Que atrevido y zalamero...
Lo que anoche dije aquí.

DIEGO. ¿Hablabas por ese?

GIL. ¡Sí!

DIEGO. ¡Tambien Segundo!

GIL. ¡El primero!

DIEGO. ¡Siga la limpia! —¿Eh? (Llamando á Segundo.)

SEGUNDO. ¿Qué pasa?
(Pasando al lado de Diego.)

DIEGO. Tu esposa espera anhelante...

SEGUNDO. ¿Sí? Voy...

DIEGO. Dile que al instante
que tú vuelvas á mi casa,
cumpliré lo que me tiene
prevenido.

SEGUNDO. ¿Pues qué asunto?...

DIEGO. Ella dirá.

SEGUNDO. Vengo al punto.

DIEGO. Bien.

SEGUNDO. Abur. (Vase.)

GIL. ¿A que no viene?

ESCENA ÚLTIMA.

ELENA.—PAULINA.—DIEGO—GIL.

ELENA. Y tú serás infeliz
por que te he librado?...

PAULINA. ¡Oh, no!
Este papel arrancó

mi cariño de raíz.
Tú rompiste mi cadena. (Tomándole una mano.)

DIEGO. ¡Y consolaste mi afan! (Idem.)

ELENA. Nada esperes de un don Juan. (A Paulina.)
¡Nada temas de tu Elena! (A Diego.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 12 de Mayo de 1863.

EL CENSOR DE TEATROS,
Antonio Ferrer del Rio.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Un hombre de Estado; drama en cuatro actos.

Los dos Guzmanes; comedia en tres actos.

El curioso impertinente; drama en cuatro actos.
(En compañía del Sr. Hurtado.)

Rioja; drama en cuatro actos.

La estrella de Madrid; zarzuela en tres actos.

¡Guerra á muerte! zarzuela en un acto.

Los comuneros; zarzuela en tres actos.

El conde de Castralla; zarzuela en tres actos.

El tejado de vidrio; comedia en cuatro actos.

El tanto por ciento; comedia en tres actos.

El agente de matrimonios; zarzuela en tres actos.

El nuevo don Juan; comedia en tres actos.

De las cinco últimas conserva el autor la propiedad.